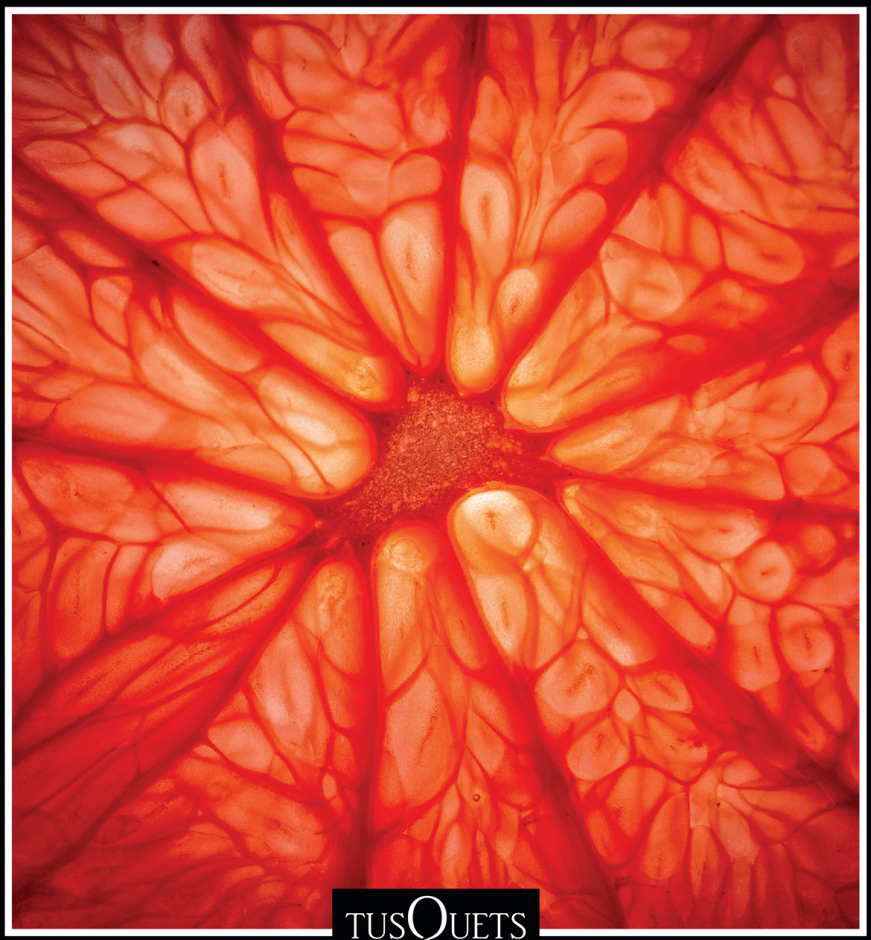
Luz Vítolo

FRUTA DE VERANO

colección andanzas



TUSQUETS EDITORES

Fruta de verano

Fruta de verano

Luz Vítolo

Índice de contenido

Portadilla
Legales
Una casa sin gesto
Pegaso
La hormiga argentina
Piel brillante
Claudina
Fruta de verano
Sol que es estrella

Vitolo, Maria Luz
Fruta de verano / Maria Luz Vitolo. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Tusquets Editores, 2022.
Libro digital, EPUB
Archivo Digital: descarga
ISBN 978-987-670-743-5
1. Narrativa Argentina. I. Título.
CDD A863

© 2022, Luz Vítolo

Todos los derechos reservados

© 2022, Tusquets Editores S.A.
Av. Independencia 1682 - C1100ABQ - C.A.B.A.

info@tusquets.com.ar

Primera edición en formato digital: septiembre de 2022

Digitalización: Proyecto451

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del “Copyright”, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático.

Inscripción ley 11.723 en trámite

ISBN edición digital (ePub): 978-987-670-743-5

Para Gustavo

Es tan difícil vivir en un cuerpo, existir en un cuerpo.

Mircea Cărtărescu

A veces, para salvar algo hermoso, hay que destruirlo, para que no caiga mustio y

envilecido por nuestras miserables manos humanas.

Julia de Burgos

Una casa sin gesto

Después de asomarse a la cocina y echar una mirada rápida, Dafne recorrió el piso de abajo. Encontró las llaves de la camioneta apoyadas sobre una cómoda. Las guardó en uno de los bolsillos del saco. Llamó a Pablo un par de veces; no atendió. El auto estaba mal estacionado en la entrada, en diagonal, casi mordiendo el cantero. Abrió la puerta que daba al sótano, prendió la luz desde afuera, bajó tres escalones y se agachó para mirar. Aunque estaba vacío, se veía desprolijo. Volvió a cerrar con llave; subió a las habitaciones. Las cajas estaban amontonadas en el centro de cada cuarto, lejos de las paredes. Abrió los placares y los cerró casi sin revisar. Quedaban algunos objetos que nadie embalaría, desparramados en los diferentes compartimentos. No eran basura, pero tampoco eran lo suficientemente significativos como para llevárselos: un pisapapeles, un muñeco de la Cajita Feliz, invisibles para el pelo, una gorra con el nombre de un laboratorio farmacéutico bordado.

En el baño, Dafne se refrescó la cara. Se miró al espejo sin verse y deslizó la mano pesada por los cachetes, arrugando la piel hacia abajo. Hundió la mano en el pelo. Estiró las raíces para ver mejor las canas. Más de un mes sin teñirse, quizás dos. Usó las manos mojadas para atárselo. No había toalla. La sacudida llenó el espejo de gotas. Quería localizar a Pablo e irse.

En su habitación todavía estaban las cortinas puestas. Eso la enojó. Intentó descolgarlas en puntas de pie, pero el brazo se le cansaba. Desde la ventana se apreciaba el jardín. Las hojas caídas cubrían el pasto y la losa. En lugar de estar apelmazadas por la humedad, se veían como un colchón mullido. En la perspectiva de la pileta vacía, Dafne divisó una interrupción. Un semicírculo negro asomaba en el ángulo que hacía de frontera entre la parte baja y el descenso hacia lo hondo. Era la cabeza de Pablo. Dafne se corrió de

la ventana. Su marido estaba acostado dentro de la pileta vacía. Apoyada en la pared, la golpeó con el puño varias veces, golpecitos rápidos e impacientes. Cerró los ojos un momento e intentó sosegar su respiración. Cuando estuvo lista, salió.

El rechinar de la puerta corrediza hizo que Pablo se volviera hacia ella. Dafne se acercó al borde. Desde ahí lo veía bien. Pablo estirado en la pendiente; los pies a un metro del agua que se había acumulado con las lluvias del mes. Por reflejar el cielo, el agua parecía casi negra. Con el taco de la bota, Dafne barrió hacia el abismo algunas hojas. El escaso movimiento que generaron al caer daba cuenta de la espesura del líquido. Dafne continuó caminando, un pie delante del otro, siguiendo el borde. Desde la parte baja de la pileta, pudo apreciar en su marido la amenaza de la calva, una imagen satelital del agujero de ozono, cada año más grande. Dudó antes de sentarse en el segundo escalón. Se quitó la bufanda y la estiró para taparse mejor los hombros.

—Hay que bajar las cortinas de nuestro cuarto —dijo Dafne.

Pablo movió apenas la cabeza.

—No encuentro el juego de llaves extra —agregó.

—Me parece que lo tiene tu hermana —dijo Pablo.

—No te escucho. Hablá más fuerte.

Pablo palmeó el piso descascarado a su lado. Dafne resopló antes de pararse y caminar hacia ahí. Tenía puesto el saco de paño color caramelo.

Se sentó a menos de un metro de Pablo. Cruzó las piernas estiradas. Sus tacos quedaron más cerca del agua que los zapatos de él.

—¿Violeta? —preguntó Pablo.

—Se queda a dormir en lo de mamá.

—¿Va a aguantar?

—Le dije que esta vez no la íbamos a ir a buscar. —Después de una pausa breve, Dafne agregó—: Si nos llama, voy yo.

Dafne paseó una de sus manos por el piso. Agarró unas ramitas chicas que encontró y las tiró al agua.

—¿Vamos?

—Un ratito más —suspiró él.

—No, dale. Hace frío. Vamos.

—Es un ratito —dijo Pablo y la tiró del codo hacia él.

Dafne se recostó. Hizo un bollo con su bufanda y la puso detrás de la cabeza. Se apoyó un segundo y se volvió a sentar. Tiró de un mechón de pelo de la colita para levantarla, se la estaba clavando y le molestaba. Se acostó de nuevo, esta vez un poco más lejos de su marido.

Pablo murmuró algo que Dafne no llegó a escuchar.

—Hablá más fuerte.

El cielo, de un blanco brillante, anunciaba lluvia. Faltaba que se acumulara gris y bajara un poco la temperatura. Dafne dobló los dedos y los frotó contra el pantalón.

—Que es muy linda esta casa —dijo Pablo.

Las palabras rebotaron en las paredes celestes; subieron veloces como patitas de insecto por los costados de la pileta.

—Sí. Era muy linda —coincidió ella. Dafne se movió para levantarse.

—Bancá. Ya nos vamos —la frenó él.

—Dale, Pablo. Hace frío. Todavía hay que guardar cosas, tomar algunas decisiones. Benicia se va a las siete. Hay que alcanzarle las llaves antes. A menos que quieras venir vos a abrirles a los de la mudanza.

—No quiero eso. Quiero quedarme un poco más.

—No, dale.

Dafne se sentó. Pablo sacó la mano de su bolsillo y tomó la de ella. La miró.

—Un poco más y nos vamos.

Dafne le soltó la mano y gateó hasta la pared. Se apoyó en uno de los costados de la pileta. A su alrededor había venecitas caídas de distintas gamas de celeste.

—¿Los que vienen tienen hijos? —preguntó Pablo.

—No sé —dijo Dafne y se soltó el pelo.

—¿Van a poner un cerco?

—Es obligatorio.

—¿Desde cuándo? —preguntó él y se giró interesado.

—Siempre fue —contestó Dafne—. Pero la gente no lo hace.

Un gato blanco con motas marrones bajó por los escalones y se acercó a ellos. Dafne le ofreció la mano, pero el gato fue hacia Pablo.

—Hola, Cava. No te vamos a ver más —le dijo él.

El gato se trepó al pecho de Pablo. Con las uñas, empezó a jugar con la tela impermeable de la campera.

—Te la va a enganchar toda —se quejó Dafne.

—Adoptemos un gatito.

—No tuvimos acá, no voy a tener en un departamento.

Pablo levantó con cuidado al animal, que seguía con las uñas clavadas en la ropa, y lo depositó en el piso.

—No me dejan jugar con vos —le dijo Pablo al gato.

—¿Vamos? —insistió Dafne.

Ella había comenzado a temblar. Pablo reptó hacia su mujer, haciendo ancla en los codos. Rodeó las piernas de Dafne con los brazos y apoyó la cabeza en sus rodillas. El gato se paseó por debajo de las piernas de ella.

—A veces lo escucho —dijo él.

—Ay, Pablo —se quejó ella.

—En serio.

—Bueno, ya nos vamos.

Dafne le dio unas palmaditas toscas en el pelo.

—Pienso en eso todos los días.

—¿Qué te dice Chomer? —preguntó ella.

—No dice mucho.

Pablo levantó la cara y se miraron.

—No fue tu culpa —le dijo Dafne.

—Ya sé. Tuya tampoco.

Dafne retrocedió. Un movimiento ínfimo de cabeza, casi imperceptible. No esperaba esa estocada.

—Me lo acuerdo como si estuviera mirando todo desde el borde. Me veo a mí mismo saltando —dijo Pablo.

Dafne apretó los párpados.

—Siento el tirón en la nuca, como si fueran mis pelos los que agarré para levantarle la cabeza. Lo siento acá. Todo el día con la sensación de que algo me tironea y que estoy haciendo fuerza.

Pablo se pasó la mano por la nuca y la bajó al cuello; se hizo un masaje corto e inútil.

—Como si mi cabeza caminara un segundo por detrás de mi cuerpo —agregó.

Dafne le dio dos toquecitos en el hombro para que se levantara.

—¿Vos dónde estabas? —siguió Pablo.

—No me acuerdo.

—Te acordás.

—Ya te dije —lo esquivó ella.

—Decime de nuevo.

—Adentro. Salí cuando ya lo habías sacado.

—¿Y cómo te lo acordás?

Respiró hondo por la nariz, con un poco de ruido. Después contestó:

—No pienso en eso.

Pablo ajustó la tensión del abrazo en las rodillas de Dafne.

—¿No?

Dafne miró a su alrededor, como persiguiendo su respuesta.

—En Luca, no. Pienso en Romina y Horacio. En esta casa. En que por ahí era Viole.

—Yo pienso en sus ojos abiertos, en su cara sin gesto —dijo Pablo con voz fascinada.

Había levantado la cabeza para decir eso. Miró la línea que dividía el agua oscura de la pared clara. Después, volvió a apoyar la mejilla.

No dijeron nada más por un rato. Recién cuando el viento cambió de dirección, Dafne volvió a insistir:

—¿Ahora sí?

Pablo se paró por partes. Primero se sentó. Sacó una pierna y con esfuerzo se incorporó. Después, ayudó a su mujer. Usó menos fuerza de la necesaria y ella casi se cae para atrás. Dafne se sacudió el saco a la altura de la cola. No logró hacer que se desprendieran

todos los pedazos de hojas. Las más claritas se camuflaron en el saco. Pablo abrazó a Dafne. Los brazos de él a la altura de los codos de ella hacían difícil que devolviera el gesto.

Salieron de la pileta. Dafne primero. Pablo arrastró los pies hasta los escalones. Extendió el brazo para tomarle la mano a su mujer. Ella lo vio, pero no sacó la mano del bolsillo. Rodearon el rectángulo celeste. Dafne, absorta en el agua negra. Llena, la pileta tenía una profundidad máxima de un metro noventa. Vacía, el agujero superaba los dos metros. Se detuvieron en la punta, en el lugar exacto en el que uno se pararía para tirarse.

—Las piletas vacías son más peligrosas que las piletas llenas —dijo Dafne.

—Si te cayeras, podrías romperte un brazo, una pierna, pero no te morirías —contestó Pablo mientras ejercía una levísima presión con la mano en la espalda de su mujer.

—Lo leí en una revista, no lo inventé yo —dijo Dafne—. En una hora quiero estar afuera.

Dentro de la casa, le encargó a Pablo que bajara las cortinas y volviera a revisar placares y cajones.

—Si hay algo que quieras, rescatalo. Los de la mudanza se llevan solo lo embalado.

—Hagamos la última recorrida juntos —sugirió Pablo.

Agarró a Dafne por la solapa del saco e intentó besarla. Dafne toleró el beso sin cerrar los ojos.

—Le dije a Romi que cruzaba a despedirme —dijo ella.

—Esperame y vamos juntos.

—Dije que pasaba sola.

Dafne salió de la casa. Sacó las llaves y desactivó la alarma del auto. Lo rodeó. Se metió en la parte de atrás de la camioneta. Barrió una Minnie de Violeta al piso y se acostó en el asiento. La puerta no había cerrado bien. Se tapó la cabeza con la bufanda para que no la molestara la luz del techo. El pitido de la puerta se activó. Lo dejó sonar.

Pegaso

La saliva se acumula en la boca abierta de Oscar, forma una pequeña pileta. La luz blanca del exterior rebota en ella como lo haría en un río. A Lynn no le da asco, mira curiosa, se pregunta si en algún momento caerá en cascada y mojará el cuello de polar agarrotado que ya no debe ni calentar. El frío se cuela a través de los vidrios. El aliento de Lynn pronto va a verse como la bruma que se despega del suelo fuera de la camioneta. Con el motor apagado, el auto no marca la hora. A Lynn le cuesta calcular cuánto tiempo pasó, parecen minutos de meditación, inusualmente largos, volutas de vacío. Mira las cintas refractarias flamear en la curva. Están atadas a los extremos de una baranda de maderos rota. El aire suave las pasea sobre el precipicio. Parece un obstáculo de una pista de salto. Es apropiado. A Lynn le gustaría tener algo para hacer mientras esperan. Podría seguir preocupándose, armar planes, pero en la camioneta eso ya no le molesta. Solo quiere ver.

El llavero del auto cuelga del tambor. La rotación oculta y descubre la cara de una nena con pocos dientes. Lynn asume que es la hija de Oscar. Solo un padre pondría una foto tan poco agraciada en una llave. La imagina comiendo, insertando un bastón de zanahoria baby en el agujero que dejaron los cuatro incisivos. Le debe doler comer, aunque a esa edad seguramente no sienta la dificultad. Hace una nota mental del detalle, es una observación que haría en alguna de sus crónicas.

Lynn abraza sus piernas para darse calor. Dudó antes de subir las botas al asiento, pero Oscar duerme. Tiene más frío que modales. Abajo del jean lleva medias cancán opacas y doble media de algodón: unas que pasan el tobillo y otras que apenas lo rozan. Las botas le aprietan. Oscar lleva solo un chaleco y bombachas. Los talones, empeines y la parte inferior de los gemelos están expuestos.

Llegaron cuando empezó a oscurecer. Él fue el único que quiso llevarla, el único que la entendía a pesar de no hablar inglés. Lynn trató de conversar todo lo que le dio el léxico, pero él era de pocas palabras y le entendía la mitad. Oscar era el encargado de pasearse por la hostería para ver si ella y los otros dos extranjeros que habían quedado necesitaban algo. Los demás se habían vuelto a sus casas cuando empezaron la especulación, las informaciones cruzadas. Con poco acceso a internet y sin chip extranjero, a Lynn le era difícil seguir las noticias. Compartía lo que sabía con la otra pareja y recibía lo que Oscar le contaba. No es que desconfiara de ambas fuentes, es que no podían entender más que ella, más que cualquiera. Ya no existía la información pura: saber algo y que ese algo fuera verdad, que hubiera un correlato parejo en el mundo, que estuviesen todos de acuerdo. Fumar hace mal. La sangre es roja. Al día le sigue la noche.

Dejaron el auto escondido en la sombra del túnel, en una posición peligrosa. Si hubiera un derrumbe en la montaña, las rocas impactarían directamente sobre el parabrisas. El camino es tan angosto en esa parte que dos autos no podrían cruzarse. A pesar de que crece vegetación, la pendiente inclinada parece un precipicio. Por suerte, ya nadie circula por ahí. Al túnel no se lo ve tan viejo, pero Oscar ha hablado tan mal del lugar que a Lynn le da un poco de miedo. Más que la posibilidad de desprendimientos, le preocupa que la cueva se los trague en su oscuridad. Oscar le contó que ya casi nadie usa el túnel, que si él tuviera que atravesarlo sostendría el aire hasta llegar al otro lado. El corredor se curva siguiendo el movimiento de la ladera, no se ve el final. La construcción del puente, hace veinte años, había desviado el tránsito hacia la parte de atrás del pueblo. Más cerca del nivel del mar, aclaró Oscar. Era simpática la referencia. Desde donde estaban, nada parecía más lejano que el mar. Él le contó que algunos chicos del pueblo juegan ahí y que a veces hacen fiestas. Es esperable. ¿Qué más pueden hacer los jóvenes en ese páramo, además de drogarse en un túnel? El suelo debe estar lleno de vidrios. Oscar le explicó, como si le hubiera leído la mente, que había tomado el recaudo de dejar las

ruedas delanteras fuera del corte de la entrada “para que no estuvieran completamente chupados”. Lynn no entendió la diferencia, ni por qué lo aclaraba. Podría ocurrir que un deslizamiento de rocas los dejara dentro del auto, dentro de la cueva. En un sepulcro, enterrados junto a la camioneta. Por cómo estaban estacionados, la muerte vendría de arriba. Quizás esa le parecía a Oscar la mejor opción. A Lynn le preocupaba la sensación de borde. Podría haber estado leyendo frente al fuego o tratando de subalquilar su casa por tiempo indefinido, pero estaba ahí, con la cueva respirando sobre su espalda.

Había decidido no involucrarse ni con la historia ni con el lugar. Lo tomaba como algo que la distraía de las llamadas a la aerolínea y la triangulación con su consulado y el de su país de residencia. Estaba harta de la pequeña habitación de la hostería, de las vacaciones transformadas en exilio. Se había quedado varada en el último destino de una nota turística sobre la región. Como vivía en el país vecino, la agencia la usaba para los viajes mal pagos que nadie quería hacer. Estaba pensando encarar una mudanza hacia un lugar nuevo, quizás cambiar de profesión, o al menos dejar de escribir, cuando mandaron a aterrizar todos los vuelos. No tenía idea de lo que estaba buscando, pero si era verdad lo que había escuchado, quería poder verlo. Le había hecho firmar a Oscar una especie de recibo en una hoja lisa, para rendir ese gasto en caso de que la experiencia se transformara en algo vendible.

Siguen esperando. Hace dos horas que se les acabó el agua del termo. A los pies de la puerta de Oscar, sobre el camino, hay un montoncito de yuyos mojados. Es el descarte del té de hierbas que toman compulsivamente en ese poblado. Lynn pasa las fotos de la memoria de la cámara. La mayoría son paisajes, a veces se cuela alguna persona, pero sobre todo hay panorámicas y cabras, ovejas también. Hay fotos de carteles y de rincones de habitación de hotel. Esas partes son como un análisis forense, lugares en los que podría haber un cuerpo o evidencia, más que detalles deseables para alguien que busca descansar. Pese a haber estado en espacios tan distintos, las fotos del último año se ven más o menos iguales.

Siempre se olvida de resetear la memoria. Todavía no configuró el reloj ni el calendario de la cámara, todas tienen el mismo horario y una fecha que aun no llegó. Parece un catálogo de las vidas que podría elegir. Diferentes en locación, pero con la misma impronta. No sabe elegir otras cosas. Lynn apaga la cámara y recuesta la cabeza para atrás. Oscar giró, ya no puede verle la cara. Cierra unos instantes los ojos. Sabe que es un error, pero no puede evitarlo. Se siente dos manos protegiendo el encendedor que quiere prender un cigarrillo. Es las manos, el encendedor y el cigarrillo.

El apretón en la rodilla la sobresalta. Cree que no llegó a dormirse. Siguió un hilito de pensamientos. Vio aviones como moscas sobrevolando en ochos el planeta. Pensó o soñó con una aguja girando sobre un corcho en un bol como si fuera una brújula. Si de verdad se durmió, no pueden haber pasado más de veinte minutos.

Están completamente adentrados en la noche. La misma negrura compartida por varias horas. Quizás ya cambiaron de día. La luz blanca del único farol del camino ahora está rodeada de un halo lechoso. Lynn trata de recordar la traducción de *dandelion*, pero no le sale. Abre su libreta y anota la palabra seguida de un signo de interrogación. No la va a usar en su artículo, pero le gustaría tenerla a mano. Le hubiera gustado decirle a Oscar que el farol parece un *dandelion*, sin tener que dar rodeos para explicarle a qué planta se refiere. Solo ansía decir eso: el farol se parece a una planta que conocemos los dos. Es lo único que se puede decir en la noche; lo único que no sonaría violento. Quiere que la luz signifique lo mismo para ambos.

Lynn se humecta el labio con su *chapstick*, siente la baja temperatura más que la humedad. Oscar le indica que no haga ruido y escuche. Se estira por encima de ella. Su pelo huele a humo y su ropa un poco a perro, pero a Lynn no le molesta. Le hace acordar a la casa de su abuelo en el rancho. Oscar agarra la manija de la ventana, da vueltas hasta que baja del todo. Le dice que si va a sacar fotos, solo asome el cuerpo por la ventana, pero que no salga. Es *danger*, agrega. A Lynn le causa gracia que hable como si

tuviera algún tipo de responsabilidad, como si ella no le hubiera dado cien dólares para que la llevara, como si no le hubiera insistido tanto después de haber escuchado a la pareja de la hostería comentar lo que —les habían dicho— había empezado a suceder en aquel barranco.

El aire helado atraviesa las capas de ropa de Lynn y se queda atrapado cerca de su cuerpo. Lynn se tapa la cara con la bufanda. Cruza los extremos de lana en el pecho en una cruz. Afuera, las cosas parecen su sombra. Reconoce la silueta de los objetos y el camino de ripio apenas más claro. No se escuchan grillos a esta altura, pero sí los chillidos de los murciélagos. Cada tanto ve moverse pequeños animales a su alrededor, círculos negros que saltan en el camino. Si Oscar prendiera las luces de golpe, los encandilaría. Verían esos ojos planos que saben atravesar la noche.

Lynn amaga con subir un poco el vidrio, pero Oscar la toca en la rodilla. Adelanta su cuello como una lechuza. Se lleva el índice a la oreja. Lynn agarra la cámara; la prende. La dispara por error. El flash es como un pequeño fogonazo dentro del auto. Primero, la luz de relámpago, y enseguida el ruido de la foto. Lynn le quita el flash y ajusta la velocidad. No quiere que las fotos salgan movidas. Se asoma por la ventana y prueba el foco. Quiere abrir la puerta para bajarse del auto, pero Oscar la frena.

Comienza con un grito que corta la noche. Podría ser cualquier tipo de aguilucho, pero ambos saben que se acerca. Están seguros cuando el relincho se define en el aire. Lo esperan de frente. Lynn apunta con la cámara hacia la fuga, hacia la oscuridad que se extiende más allá de la superficie que ilumina el farol. Los cascos pesados en el suelo, tan rápidos que parecen el eco continuado de un mismo golpe. En lugar de apagarse, van en aumento. Por el costado del ojo, Lynn ve a Oscar quitarse la boina, la arrastra por la cara hasta que llega a su pecho. La estruja. Lynn se da vuelta; el galope se escucha tan fuerte detrás de ellos que piensa que es probable que aparezca en el túnel. Oscar la toca para que mire hacia delante, pero Lynn escucha los pasos dentro del corredor y no quiere volverse. Oye la respiración espiralada del otro lado de la

montaña. Una ráfaga acaricia con velocidad la ladera. Lynn siente surgir la sombra de sí misma. Lo escucha cerca, avanzando hacia ella sin tocar el piso. El torso entero de Lynn asoma por la ventanilla. Quiere meterse en el auto de nuevo, pero le cuesta moverse. Oscar la tironea del abrigo. *Look*, le dice. Lynn logra acomodarse en el asiento. Ahora puede ver hacia delante. Lo mira a Oscar para controlar que él esté atento. También vigila el túnel por el retrovisor lateral. Necesita que ambos vean lo mismo, que él no se lo pierda, que puedan recrearlo después en un idioma común.

Divisan dos manchas grises a ras del suelo que levantan niebla y polvo. Se vuelven blancas, se agrandan cuando la silueta del caballo se hace visible. Negro en las patas delanteras, las traseras más claras, y una estrella chica en la frente. Tiene puesto un ronzal verde, deshilachado en su extremo, que se agita por el aire como un látigo. Alrededor de la boca hay acumulada espuma que también brilla en la oscuridad. Lynn dispara varias veces. Quisiera poder mirar las fotos y ajustar la configuración pero no tiene tiempo. Dispara sin mirar por el objetivo. Dispara como defendiéndose. El caballo se acerca rápido por el frente, sacudiendo la cabeza desde el cuello, con las crines revueltas. Algunas porciones de la espuma se desprenden y caen. La luz del farol ilumina el lomo unos instantes. Lynn piensa que podría tener miedo, si el animal fuera carnívoro o más pesado, si de repente se parara delante del auto y comenzara a golpear el capot. Aguanta la respiración. Sabe lo que va a suceder, porque es lo que vino a ver, lo que hace días viene escuchando, aquello con lo que sueña.

El caballo no baja la velocidad ni se frena antes del precipicio. No lo ve. Los caballos del rancho se clavaban en el lugar si de repente divisaban un alambre, pero este se lleva puestas las bandas amarillas y corre por el aire tres metros hasta que cae. Se hunde en la negrura. Lynn abre la puerta y corre hasta el borde del camino. Escucha el cuerpo y las patas galopar sobre los arbustos que crecen en la pendiente, algunas piedras desprenderse. Ya no puede ver al animal, pero sí oye su caída. El sonido de los cascos que se sostienen en la bajada pronto se convierte en el de un cuerpo que

rueda. Una masa que se abalanza errante, que puede y va a voltear todo lo que se le cruce en la trayectoria.

Termina en silencio. Enseguida, la noche se acomoda. Oscar camina hasta ella y se quedan mirando hacia abajo. Lynn hace fuerza para concentrarse en la respiración esforzada del caballo, cree escucharla desde donde está. Mitad del aire saliendo por la boca, la otra mitad por la nariz. En el medio, agonía ligera. Le pide a Oscar que la lleve abajo, quizás pueden hacer algo. Además, si no sabe qué pasó, no puede escribir la nota, dice sin convencimiento. Desea que Oscar no la haya entendido. No quiere ver el cuerpo, menos escribir sobre eso. Tampoco quiere moverse.

Lynn mira dentro del abismo. Si no fuera una locura, saltaría. Si estuviera loca. Quiere entregarse. Se acerca al borde. Siente las punteras de las botas livianas, sin apoyo sobre el precipicio. Podría retroceder por el camino hasta que el farol le ilumine el tope de la cabeza, tomar carrera y seguir al caballo. Tiene la lengua pastosa, la saliva espesa. Vamos, Lynn, dice Oscar. Ella no responde. Mira el cielo. Ve en las estrellas puntos blancos que agujerean una tela. Oscar la llama una vez más. *Come on.* Quiere que ella lo mire. Lynn, repite. Lynn se voltea hacia él. Un fulgor verde ilumina los ojos planos de ella. El túnel. Necesita saber si del otro lado hay salida. Él intenta tomarla de la mano, pero la agarra del antebrazo. Ella ya no lo mira. Inhala profundo y guarda el oxígeno. Corre. Se pierde en la cueva oscura. Pisa botellas rotas y huesitos de roedores. Piensa en los polos electromagnéticos invirtiéndose, en los aviones en la tierra y los caballos en el aire.

La hormiga argentina

Mario insiste para que me acerque a conocer la granja de hormigas y yo, que prefiero mirar televisión, subo el volumen. Sumo barritas para tapar a Mario y la discusión en la cocina. Igual escucho que me cuenta que se la trajeron de afuera, pero que las hormigas las juntó acá. Me habla cerca y no se corre. Si no consigue una reina, se le van a morir, dice y se le escapa un poco de baba por la comisura. Tiene la cara sucia. Quiero que se vaya, pero si lo vuelvo a empujar, no puedo venir más a la pelopincho de los tíos. Si me quiero mojar, le tengo que jugar a Mario.

—¿Cuál es tu hormiga favorita? —pregunta mientras me ofrece un abanico de cartas que le trajeron de Estados Unidos.

—Movete, Marito, no veo la tele.

Lo corro con el pie. Mamá mira desde la cocina y me advierte con la cara tensa. Escondo el pie abajo de la cola.

Vilma y mamá discuten fuerte. Si no fueran grandes, se estarían agarrando de los pelos.

—Elegí la que más te guste.

Tomo una carta al azar.

—Mi tercera favorita —dice Mario—. La hormiga de fuego.

La apoyo en el sillón.

—Leela.

Apenas la miro.

—Leela, Loli. ¡Leela!

La voz ligeramente más fuerte de Mario atrae la mirada de la tía hacia nosotros. Me hago la que no la veo.

—¿Por qué te las compraron en inglés? —pregunto.

—Acá no las venden. Leeme.

Empiezo a leerla en inglés y Mario me pega una piña en la pierna. Eso mamá no lo ve.

—Leela bien.

Traduzco:

—La hormiga de fuego es de color rojizo. Tiene seis patas.

—Como todas. Leé el nombre raro.

Me trabo un poco.

—Solenopsis invicta. —Pausa—. Dice que solo pica a los pelotudos.

Mario abre bien los ojos y respira hondo. Va a gritar. Le tapo la boca y le hago cosquillas para que se olvide de que quiere buchonearme. Lo tiro al sillón y de paso le pego un rodillazo en la espalda. Refuerzo las cosquillas. Se deja de reír cuando se da cuenta de que rodó sobre la tarjeta de la hormiga invicta y que el resto cayó al piso. Empieza a gritar. Me escondo entre los almohadones para no mirar a mi mamá, pero la que me reta es Vilma:

—Loli, la cortás —dice desde la cocina.

Los fideos moñitos están deformes: un rectángulo con bordes redondeados. Mamá le cuenta a papá la pelea con la tía. Hace dos días, de camino a la clase de gimnasia, a la abuela la atropelló un camión mezclador que estaba haciendo marcha atrás. La abuela está internada y ellas se pelean. Vilma le había dicho que la abuela se tenía que ir a vivir a un geriátrico, para estar cuidada, pero mamá se había puesto del lado de la abuela y ahora Vilma la culpa. Cuando la abuela mejore, van a hacer juicio. Papá me amasa el brazo y me pregunta si quiero que me lleve al día siguiente a verla. Mamá dice que no tiene sentido:

—Ni siquiera te dejan entrar al cuarto.

No digo nada. Tampoco es que quiero ir. Mamá cambia de tema y dice que el lunes arranco la colonia. No puedo pasarme todo febrero en lo de Vilma.

—Pero me gusta ir a lo de la tía —me quejo.

La colonia es la misma del año pasado. Éramos solo dos chicas y todos los días nos hacían jugar al fútbol bajo el sol. Además, no pasé la revisación médica. Este año la cabeza me pica menos.

Lo primero que hace mamá en la casa de la abuela es abrir la

heladera. El olor a podrido es como una piña. Vilma y Mario llegan con la verdura podrida ya en el tacho y los Tuppers apilados para lavar. El departamento parece chico porque está lleno de cosas, pero en realidad es más grande que casa. Vilma se queja del trabajo que les va a dar después. Mamá, que está lavando los platos y ordenando la cocina, le pide que por favor no empiece.

Con Mario nos vamos a ver televisión a la cama de la abuela. El control remoto no tiene pilas. Lo pongo a él a cambiar los canales con los botones mientras pruebo a ver si ya alcanzo a tocar la araña del techo con los dedos. Mario se entusiasma con unos dibujitos viejos.

—Dejá el canal anterior. Quiero ver las noticias —le digo. Mario se sienta en la esquina de la cama—. Te dije que cambiaras, nabo.

Tiro una patada voladora calculada justo para no pegarle. Mario levanta la mano como si espantara un mosquito.

—Dale, gil de goma. Ya mismo cambiá el canal.

Entra mamá:

—Están desordenando todo. Fuera del cuarto.

—Mario arrugó todas las sábanas —digo mientras salgo de la habitación. Él sigue embobado con la tele.

—Vos también. Afuera —dice mamá.

Lo empuja por la espalda para que se pare y apaga la televisión.

Paseo por el departamento. En el baño reviso los cajones. A la abuela no le gusta que le toque sus cosas. Aprovecho y abro los labiales y los giro hasta arriba. Casi todos tienen las puntas redondeadas, muchos están por acabarse. Son variantes del mismo rosa claro. Algunos tienen brillitos. Al lado del lavamanos, los perfumes miniatura de la abuela están ordenados de más grande a más chiquito. Agarro uno con forma de gota y lo huelo. Marea. Es como oler una torta de flores recién hecha.

—¿Qué hacés, Loli? —pregunta Mario mientras baja el picaporte —. Dejame entrar.

—Andate a otro lado —digo.

Trata de abrir. Por suerte, cerré la puerta con llave.

—Le voy a decir a tu mamá.

Giro la llave y destrabo.

—¿Querés entrar, Marito?

—Sí, dejame.

Apago la luz y abro un poco para que pase.

—Dale. Vení.

Mario entra.

—Prendé la luz, Loli —me pide con vocecita.

—Shh, esperá un cacho.

Las manos de Mario me buscan en la oscuridad. Cuando me encuentran, me suelto y lo agarro de los hombros. Lo pongo frente al inodoro y lo hago sentarse.

—Te acabás de gasear —le digo.

—Nada que ver.

—Entonces, ¿qué es ese olor?

—¿Qué olor? —pregunta Mario.

Aprieto el perfume varias veces bien rápido en dirección a Mario y salgo del baño. Sostengo el picaporte para que no pueda salir. Él golpea la puerta, me hace pedidos con voz de pobrecito. Aguanto. Hasta que se da por vencido. Lo escucho lloriquear y derretirse hacia el piso.

—No vas a salir nunca —le digo.

Espero un rato. Suelto el picaporte bien despacio y me voy sin hacer ruido. Mario se queda adentro haciendo capricho.

En la habitación, mamá se sobresalta cuando entro. Tiene los dedos llenos de anillos. Me acerco.

—¿Me los puedo probar? —pregunto.

—Son grandes para vos —contesta y empieza a sacárselos uno por uno. Deja casi todos en el alhajero. Se queda uno puesto, lo gira para que no se vean los brillantes.

—Agarrá tus cosas que nos vamos —dice mamá y sale del cuarto sin mirarme.

Mario está en el living acostado sobre el regazo de Vilma. Cuando me ve, hunde la cara en la falda de su mamá y arranca un llanto falso. Vilma está ocupada abriendo el correo de la abuela.

—Son todas cuentas —se queja—. ¿Sabés de qué banco es ella?

—le pregunta a mamá.

—Ay, Vilma, no.

Me voy sin saludar a Mario. Se está haciendo el ofendido y yo no le voy a rogar.

Mamá me pasó el peine fino sin ganas. Dice que no tengo piojos, que este año sí voy a pasar la revisación. A la noche, después de bañarme, me lo paso sola. Saco algunos y los reviento en el lavamanos. Son como hormigas del pelo. Seguro podrían meterse adentro de mi cabeza como si fuera la granja de Mario. Me da escalofríos. Le pido ayuda de nuevo a mamá. Dice que está cansada, que le haga acordar otro día.

Si te encuentran liendres en la revisación no te dan el cartón para entrar a la pileta, pero si te encuentran piojos te piden que directamente ni vayas a la colonia. Una de las chicas me dijo que hay dos doctoras, una que es más difícil y no deja pasar a casi nadie. Si tenés huevitos, te saca uno con las uñas largas y te lo explota en el cartón de la revisación para que lo veas. Encima pone el sello de que no pasaste. La otra apenas te mira. Ni siquiera te corre el pelo. Pregunté pero nadie sabe a qué hora atiende cada una.

Apenas llego a la colonia pido permiso para ir al gabinete médico. Me pasé tanto el peine que siento que casi no me quedan pelos en la cabeza. No sé si me saqué todos los piojos porque un poco todavía me pica, pero seguro es el día que menos tengo.

Me toca la doctora con los mechones rubios y aliento a café. No sé si es la buena o la mala. Primero, me revisa los dedos de los pies y las manos. Me pide que le muestre el borde de la bombacha de la malla. Esa parte es rápida.

—Tenés el pelo demasiado largo. Así no se puede ver nada —me dice—. Agarrátelo por mechones y andá mostrándome.

Tomo los mechones, pero los dejo flojos para que se confunda. Siento su respiración en el cuero cabelludo. Me dan ganas de rascarme. Cuando llego a la patilla, me pide que lo haga más despacio. Me frena. Separa los pelos con una birome y chasquea la lengua.

—Tenés liendres. Decile a tu mami que te ponga producto y volvé mañana.

Llamo a mamá desde el teléfono público que está al lado de la cancha de squash para que me pase a buscar, pero las dos veces me da ocupado.

Antes del turno de pileta, tenemos que jugar por lo menos a tres juegos distintos. Este año en la colonia hay más chicas, pero igual somos pocas. No reconozco a nadie del año pasado. Es como si hubieran cambiado a todos o se hubieran ido a otro club. Carolina es la que peor me cae. Además de ser la más varonera, fue la única que festejó cuando nos dijeron que después del quemado teníamos turno para usar la cancha de fútbol. En la mochila que me preparó mamá no hay protector solar, solo una botella de agua sin congelar y cinco pesos que no alcanzan para el combo de pancho y jugo.

Para el quemado nos dan unas pelotas azules de gomaespuma que cuando las tirás viajan lento por el aire. Hay que lanzarlas con mucha fuerza para pegarle a alguien. El truquito —se lo copié a uno de los varones— es pellizcarlas y hacer como que cortás con una espada.

Los dos capitanes, Carolina y Julián, eligieron a los varones primero. Las chicas quedamos para lo último. El equipo que me tocó no es muy bueno. Perdemos muchos jugadores al comienzo. Después quedamos parejos. Como soy de las más rápidas, llego hasta el final. En el otro equipo, queda un chico de gorrita, Pitu, que pega fuerte y que a uno le voló los anteojos de un pelotazo. Corro de un lado al otro. Quiero ganar para que me dejen ser capitana la próxima. Aunque no me caiga bien, y no me haya pedido estar en su equipo, la voy a elegir a Carolina.

Pitu se mueve como si estuviera rebotando contra los bordes blancos marcados en el piso. A mí me cuesta un poco más. Los del otro equipo me gritan cosas desde el borde para distraerme. Si me acerco mucho, algunos me tiran de la remera. Le aviso al coordinador que están haciendo trampa, pero no me hace caso. Todos quieren que Pitu me queme para pasar a otra actividad, también abajo del sol.

A mis compañeros de equipo no les importa si perdemos. Si la pelota llega a su lado, hay que esperar hasta que alguno se levante a buscarla. Al final, el coordinador sopla el silbato y declara empate. Pitu quiere un ratito más, pero a mí me alegra. Ya estoy cansada. Nadie me felicita por durar tanto.

Cuando es la hora de meternos a la pileta, digo que me duele la panza. No quiero que nadie sepa que tengo piojos. El coordinador no me deja ir a esperar a los juegos sola. Me hace sentar en la sombra al lado de él. Ni siquiera me deja estar en malla, para que el bañero sepa que no me puedo meter.

Ese día me pasa a buscar papá. Mamá tenía reunión con Vilma y el doctor. Antes de volver a casa, paramos en una heladería. Él pide sambayón solo y yo, menta granizada abajo con frambuesa arriba. Comemos los vasitos en el auto mientras escuchamos la radio con las ventanas bajas. Papá me hace ponerme la toalla sobre la falda. Le digo que no me voy a volcar, que no hace falta. Cuando llego a la menta, se me cae un pedacito de chocolate en la remera, pero papá no dice nada. Me masajea la pierna y me da palmaditas.

A la noche, cenamos patys enfrente de la tele viendo un programa de fútbol, con el ventilador muy cerca de nuestras caras. Mamá no está en casa; se quedó en el hospital. Todavía no la dejan dormir en el cuarto con la abuela, pero duerme sentada en la sala de espera.

Me da vergüenza pedirle a papá que me pase el peine.

—¿Puedo ir mañana a lo de la tía en vez de a la colonia?

Para las doce, ya nos habíamos metido en la pelopincho, Eli nos había hecho salchichas rellenas con queso y Mario me había contado mil datos de hormigas. ¿Sabías que hay hormigas en todos los continentes menos en la Antártida? ¿Sabías que hay más de doce mil especies de hormigas? ¿Sabías que los hormigueros son palacios gigantes? ¿Sabías que las hormigas existen antes que los dinosaurios?

Todavía no consiguió su reina y está preocupado. Como nadie supo decirle dónde se compran las reinas, la tía le prometió que lo va a llevar a la plaza a desenterrar alguna. Hace una semana que lo

viene posponiendo.

—¿Es verdad que los piojos y las hormigas son primos? —le pregunto a Mario. Él busca en sus cartas, confundido.

—Acá no aparecen —dice—. Me parece que no.

—Al final no sabés nada. Encima que me llenaste de piojos, ahora no puedo ir a la colonia.

—Si yo no tengo piojos.

—Por eso. ¡Me los pasaste todos a mí! —le digo y le tiro un almohadón en la cara—. Sos un chiquito piojoso.

La tía llega a eso de las dos y Eli se va. A ella no le molesta que veamos televisión a la tarde, pero igual cuando llega la apago. Vilma entra hablando por Movicom y no lo suelta. Da vueltas por la casa. Mario la persigue para decirle que a la mañana traté de ahogarlo y ella le escapa. Las llamadas se suceden en el cuarto, en el patio con un cigarrillo y mientras lava nuestros platos. Mario se harta y viene al sillón. Se sienta sobre mis rodillas a propósito, para hacerme doler.

—Me vas a quebrar las piernas, tarado.

Saco un pie y lo empujo. Vilma cuelga el teléfono. No dice nada. Palpa las superficies de la cocina sin saber lo que está buscando. Mario me saca el control remoto y pone la Nintendo.

—¿Qué buscás? —le pregunto a la tía.

No me contesta. Tiene los ojos rojos y la boca tan apretada que se le arruga la pera. Va al baño y vuelve. Ahora la sigo yo a una distancia prudente. No llego a entrar a los ambientes de los que sale. Recorre la casa; yo doy vueltas por los pasillos. Cada tanto le pregunto si está bien, pero no me responde. La encuentro en su habitación. Cuando entro, se tira sobre el borde de la cama. Me acerco un poco y me agarra. Me tira hacia ella.

—Ay, Loli.

Lo repite varias veces, me besa el pelo y me presiona la cara. Me duele la panza.

—¿Y mamá?

Vilma se sopla la nariz con la falda de su vestido. Cuando la levanta, le veo la bombacha.

—Tengo que salir, los dejo solos un rato. Es poquito tiempo. Dale la merienda a Mario cuando te pida. Creo que hay yogur en la heladera.

—¿Van a ir a ver a la abuela?

Vilma empieza a decir algo, pero no le sale ninguna palabra.

Saca del cajón las llaves del auto. Sale de la casa y vuelve a entrar para darnos un último mensaje.

—Mario, Loli queda a cargo. Hacele caso. No prendan las hornallas. Si llama alguien… no atiendan. Ya vengo.

Mario no suelta el control. Apenas mira hacia la puerta cuando se cierra por segunda vez.

Voy hacia el teléfono y llamo a casa. No atiende nadie. Llamo al trabajo de papá; no está. Se me cae el aparato al piso. Las pilas saltan y rebotan en el cerámico. Mario deja de jugar y se acerca.

—Tengo hambre —se queja.

—¿Y a mí qué?

—Quiero más salchichas —dice.

—Qué cerdo que sos. Ya comiste un montón. —Pateo una pila que cayó cerca de mi pie y me voy—. Ni se te ocurra seguirme —digo sin darme vuelta.

Me meto en la habitación de Mario y trabo la puerta con la cómoda.

—Abrí, Loli. Es mi cuarto, quiero entrar.

No contesto. Dejo que golpee.

—Tengo hambre.

Prueba el picaporte. Lo sube y lo baja. Empuja con su cuerpo.

—Le voy a decir a mamá.

—¡No tenés permiso para usar el teléfono y lo sabés! —le grito.

—Le voy a decir a mamá cuando llegue.

—Dejame en paz, Mario.

Me tiro en su cama y doy vueltas. Sacudo un poco las piernas. Me golpeo el pie con la pared. Me siento. La granja de hormigas está al lado de la mesa de luz. Quiero agarrarla y tirarla al piso y que toda la tierra se pierda en la alfombra, por la ventana, y que el vidrio reviente en la vereda. Las miro en sus caminitos armados. Un

montón de hormigas sin reina obligadas a vivir en este rectángulo vidriado. Hormigas recogidas del jardín, viviendo de las migas que Mario se saca de la boca. Me quedo dormida abrazando la almohada que huele a baba.

Me despierto con Mario mirándome de cerca. Logró correr la cómoda.

—¡Te dije que me dejes en paz, imbécil!

Mario se sobresalta. Creo que le grité más fuerte que de costumbre, porque se va hacia atrás y su cara se frunce como una capucha cuando tirás mucho del cordón.

Se queda en el marco de la puerta. Llora, pero no hay gritos ni grandes alrededor. No me importa tanto.

—Siempre llorando vos.

Da dos pasos para atrás y se tapa los ojos. Tiene moco líquido queriéndole entrar en la boca. No me van a dejar venir más a su casa; me van a obligar a ir al club.

Camino hacia él. Le saco las manos de la cara.

—Ya pasó, Marito. Vení. No llores. Qué exagerado que sos.

Lo tomo de las manos mojadas.

—¿Cuántos años tenés? ¿Ocho o tres?

Lo llevo a la cama.

—Contame de tus hormigas. ¿Les ponés nombre?

Deja de llorar. Se limpia la cara con el antebrazo.

—Son muchas para ponerles nombre.

—Pensé que era como con los chinos, que parecen iguales pero no —digo.

Mario no dice nada.

—¿Qué hormigas son las de tu granja? Leeme la tarjeta.

—Son hormigas argentinas. No tienen tarjeta.

De a poco se olvida de que está enojado.

—¿Y qué tienen de bueno esas hormigas?

—Pueden tener muchas reinas.

—Eso no me gusta. Las reinas son mejores de a una —digo—. ¿Cuántas tenés?

—¡Ya te dije! No tengo ninguna y mamá no me quiere llevar a

buscar y se van a morir.

Se pone a llorar sin lágrimas. Es puro ruido.

—Si se mueren, no importa. Hay millones de hormigas en todas partes.

Lo peleo hasta el borde, hasta que la cara se le retuerce, y después un mimo para que vuelva a su redondez normal. Mario es fácil, un poco tonto, quizás adoptado. Una vez se lo dije y también lloró.

Me tiro en la cama.

—¿Cuándo te van a poner televisión en el cuarto? —pregunto.

—Loli, ¿dónde está mamá?

Estiro el brazo hasta la mesita y agarro la granja de hormigas. Me siento y la giro para verla desde todos los ángulos.

Mario se abalanza sobre mí.

—¡Se van a derrumbar los túneles!

Trata de arrancármela de las manos y se la alejo para que no llegue. Lo mantengo a raya con el pie. Me rasguña, me muerde la pierna.

—Te calmás, nene. Soltame o la tiro.

Abre la boca. Suelta.

—Quería mirarla. No le iba a hacer nada —le digo, dulce.

La apoyo en el borde de la ventana.

—Quiero ver una de cerca —digo.

—Si las sacás de su hábitat, se mueren.

—Probemos.

Un gritito ahogado, un “Loli, no”.

La destapo con cuidado. Quiere morderme de nuevo, pero sabe que si se acerca la tiro al patio y se queda sin granja. Dentro de la arena, las argentinas corren desorientadas por los túneles. Corren hasta que se chocan con los bordes para luego disparar en dirección contraria.

—Son bastante taradas.

—Es uno de los animales más inteligentes que existen —las defiende.

—Eso dicen de todos los animales. Para el caso, antes están el

elefante, el mono, el delfín, el caballo y el perro.

Saco el palito de brochette que le hace de tutor a una de las plantas de la ventana y lo apoyo en la arena del hormiguero. Se derrumba parte de un túnel. Mario, rojo…

—¡Loli!

… A punto de llorar de nuevo.

—No les voy a hacer nada. Solo quiero ver.

A los pocos segundos, tengo dos trepadas al palito. Recorren la circunferencia sin caerse.

—Se van a morir, dale. Devolvelas —me pide.

Giro el palo. Lo levanto en el aire. Las miro. Quiero soplarlas. Amago mientras lo miro a Mario.

—Decime a qué hora llega mamá —dice.

Las hormigas caminan de una punta a la otra. Cambian de dirección cuando las inclino. Ahí ya sé cómo lo voy a torturar.

—¿Decís que las hormigas sienten miedo? —pregunto—. Son tan chiquitas.

—Voy a contarle a mamá lo que hiciste.

—Llamala, te van a retar —digo sin dejar de seguir a las hormigas.

Miro los túneles bajo tierra, los millones de hormigas yendo de acá para allá. Las imagino con sus patitas caminando por debajo de todos nosotros, entrando a las casas, escondidas en la madera.

—Le voy a contar todo —dice.

—No te va a atender.

—Devolvelas, Loli. Dale, ya mismo. —Golpea el piso con el pie.

—¿No te da miedo que se caiga la granja una noche de viento y se desparramen las hormigas en tu cuarto y se escondan y te piquen?

—Estas no pican —dice Mario.

Va a llorar de nuevo. Está lleno de furia. Es una hormiga de fuego.

—Vení, Marito, no te enojes. Perdón. Solo las quiero ver. Hablás tanto de ellas que me dio curiosidad. Sentate al lado mío y las dejo en paz.

No quiere, pero lo hace igual. Se sienta en la punta de la cama. Me acerco sin dejar de inclinar y girar el palito para que no se me suban las hormigas a la mano. Nuestras piernas se rozan.

—Quiero probar algo. Si lo hacés, te juro que dejo a las hormigas en paz y no te las toco nunca más.

—¿Dónde está mamá? —pregunta Mario.

No le presto atención. Pongo el palito delante de mis ojos para ver si logro divirsarles la boca de tenaza.

—Hacemos esto y te digo.

Mario levanta un poco el hombro y entiendo que acepta aunque no quiera.

—Bajate el short.

Pruebo. Mario se tensa. No me mira.

—Te dije algo.

—Loli…

—Dijo tu mamá que me hicieras caso —le recuerdo.

—No quiero jugar.

—Si querés que te diga qué están haciendo nuestras mamás, tenés que hacer lo que yo te ordene un ratito.

Está a punto de llorar de nuevo. Ya no sé qué llanto es de verdad a esta altura. Mentira. Sé.

—Es un segundo, dale. Quiero hacer un experimento.

Dato de las cartas: las hormigas comen cucarachas.

—Bajate el short.

Mario engancha los pulgares en el short y estira el elástico. Es el short de fútbol con el que se pasa todo el día, aunque no le gustan los deportes y es demasiado gordito para correr. No lleva nada debajo.

—¿Sabés qué es lo que más me molesta de tus hormigas? Que están en todas partes. No podés ir a ningún lugar sin que estén. Seguro en cualquier momento conquistan el mundo.

Mario tiene el short a la altura de las rodillas.

—Se meten en las paredes, en las alacenas, te comen todo —digo.

Mario se agarra del borde de la cama. Tiene las puntas de los

dedos blancos por la fuerza.

—Decís que no son todas iguales, pero solo tienen distinto el color. En las tarjetas leí que algunas tienen esclavos.

Las hormigas caminan cerca de mis dedos. Antes de que lleguen, inclino el palito y lo pincho a Mario en la pierna.

—No entiendo por qué te gusta este animal y no algo más normal como los perros.

La tía no lo deja tener perro. Espero que lo diga, pero no habla.

—¿Te comieron la lengua las hormigas, Mario?

Es gracioso. Me río. Soy graciosa.

Negras, caminan hacia Mario. Cuando él tiembla, el palito se separa ligeramente de su cuerpo. Una se cae al vacío. Se pierde entre las sábanas arrugadas. Lo pincho cerca del pito. Empujo.

—¿Te acordás de la historia de la hormiga y el elefante?

Mudo.

—¿Y la de la cigarra que duerme en invierno?

Ni una palabra.

—Al final yo sé más de hormigas que vos.

La hormiga que quedó hace el cruce al nuevo territorio. Los dos la miramos.

Mario llora. Sin ruido, porque es de verdad.

—No te va a hacer nada. Dijiste que no pican.

Camina con sus seis patas a lo largo del pito. Es tan liviana que Mario podría no sentirla. Pero la siente porque la ve.

—Quedate quietito.

Me acerco para mirarla. Trata de elegir un rumbo. Duda. Camina para el lado contrario sin decidirse. ¿Le hace cosquillas? Se baja cuando llega al pliegue donde se unen los huevos con la pierna. Es rápida. Camina hacia la panza. Esquiva el ombligo.

Oigo llaves en la puerta. Es la tía Vilma; entra. No nos llama. Me bajo de la cama y me pongo las ojotas rápido. Mario se sacude la hormiga y no veo dónde cae. Se levanta el short con un solo movimiento. Camino a la puerta de la habitación. Ni lo miro. Lo escucho ponerle la tapa a la granja.

—Apurate, Mario. Tu mamá nos quiere decir algo.

Piel brillante

Miriam mojó su trapo en el agua con detergente, lo escurrió y lo pasó con suavidad por la cara tersa en constante sorpresa. El maquillaje cedió fácil. Era de pésima calidad. Enjuagó las manchas celestes y retomó la tarea. Ya empezaba a hacer calor; la humedad se evaporaba rápido de la superficie mojada. Miriam le limpió ligeramente la entrepierna a Roxana y le puso el camisón de satén barato que estaba tirado en el piso. La alzó a caballito y la bajó al depósito para higienizarla mejor. Evitó mirar los espejos de la escalera. La hacían sentir un poco tonta. Todavía era temprano. Solo dos de las chicas habían llegado y varias habitaciones estaban vacías.

En el cuartito, colgó a Roxana de la argolla que sobresalía de su espalda. Le costó lograr el enganche. Era pesada. Se alejó para observarla. No le gustaba dejarla en esa posición, pero era la manera más fácil de desinfectarla. La desvistió y le echó el pelo para atrás. Tendría que lavárselo pronto. Se puso los guantes de goma rosa para dedicarse a la limpieza profunda. Le enjuagó el cuello, las tetas y la panza. Pasó el trapo por el tatuaje de la cadera. Roxi. No era el nombre, era el modelo.

Cuando terminó con el exterior, agarró un cepillo de dientes viejo. Comenzó por la boca. Le cepilló los dientitos y la lengua. Le inundó la cavidad y usó un trapo seco para absorber el agua que se había juntado. Después, le limpió la vagina. Era menos engorroso porque no tenía lengua. Le puso un tacho debajo para recoger el agua con semen y jabón.

Miriam había llegado de Formosa hacía casi veintidós años. Buscaba un escondite. Atrás habían quedado un marido, que más valía la pena perder, y una familia numerosa que le reclamaba sustento, que

ni siquiera la había ido a despedir a la terminal.

Hizo plata de lo que pudo hasta que —un par de años después— comenzó a trabajar de doméstica cama adentro. Vivió con varias familias y crio a algunos niños. De la última, terminó echada. Fue lo mejor. Ya se sentía grande para vivir detrás de la cocina de otras personas. Siguió limpiando con cama afuera hasta que consiguió entrar en una empresa. Le gustaba el silencio de las oficinas desiertas, la estática de las luces y el ruido constante de las aspiradoras grandes. Como todo, le sirvió un rato. Todavía no había encontrado la mezcla justa de silencio y movimiento.

Con Gerardo trabajaba hacía cinco años. Había conseguido el puesto por una compañera de pensión que atendía para él. Cuando Gerardo la conoció, la miró durante un rato que se sintió largo y le dijo que no era ni tan vieja ni tan fea, que podía considerar el otro trabajo. Miriam lo había probado un par de veces, en sus primeros años en Buenos Aires, cuando las deudas se acumulaban y el encargado de la pensión le facilitaba los candidatos. No tenía ni vocación ni estómago. Nunca sabía qué decir.

Le costaba recordar el momento en el que se había acomodado en una rutina. Un trabajo en vez de tres. Le gustaba la combinación de estar rodeada de gente y que nadie le hablara. Se ocupaba de la limpieza de toda la casa y del cambio de sábanas diario, una tarea titánica para una sola persona. Quedaba exhausta. El estado natural de esa casa de pasillos largos y habitaciones de techos altos era lo pegajoso. Hacía un año, Gerardo le había dado plata para que se comprara un uniforme. Miriam se consiguió un ambo blanco pinzado. En la plaza había visto que tanto las mucamas como las que cuidaban viejas preferían eso antes que el delantal. Gerardo le dijo que parecía una asistente dental y que el color blanco era un acto de optimismo. Aun así, a Miriam le gustaba más el ambo que su propia ropa.

Cuando Gerardo compró a Roxana, la presentó como la que iba a salvarlos a todos de ese puterío. Le encantaba decir lo mucho que había pagado por ella, pero nunca revelaba la cifra. En su momento le había mencionado cuántos turnos tomaría amortizarla, pero

como a Miriam no le interesaba lo olvidó. Gerardo vivía contándole detalles del negocio que ella prefería no saber. No le caía mal. A lo sumo le generaban ternura sus intentos por profesionalizar el local. Miriam estaba segura de que algún día se olvidaría de pagarle a la policía y no lo vería más.

Recordaba bien el primer día de Roxana: acostada en la cama con todos mirándola desde el borde como si la estuvieran velando. Las chicas inspeccionaban con recelo el cuerpo que iba a remplazarlas mientras Gerardo calculaba ganancias. Miriam no se animó a tocarla en ese momento, pero tenía ganas. La piel se veía suave. Había anticipado un cuerpo duro, parecido a un maniquí, con peluca de nailon y ojos dibujados. En el lugar comenzaron a llamarla La Roxi y un turno con ella llegó a costar, los primeros meses, el doble de la tarifa común. Cuando la novedad pasó, el precio se fue acomodando. El recelo también se diluyó. Con el tiempo se hizo evidente que Roxana —como le empezó a decir Miriam— no era competencia para las demás. Eran experiencias distintas. Al ver que la inversión no rendía, Gerardo la rebajó y varios se animaron a probar, pero Roxana no soportaba bien los polvos baratos. Le tomó algunos meses encontrar su público: hombres peculiares, con la mirada para adentro. A veces Miriam subía las escaleras con su balde para cruzárselos cuando salían. Le gustaba estudiarlos, aunque después no se animara ni a saludar.

A pedido de Gerardo, Miriam empezó a hacerse cargo del cuidado y mantenimiento de Roxana. Contrataron a otra chica para que ayudara con la limpieza por la mañana. Miriam lo sintió como una suerte de ascenso. Ese tipo de muñecas eran caras y solo podían comprarse afuera. Aunque no fuera un buen negocio, Gerardo amenazaba con que iba a traer más para remplazar de una vez por todas a las mujeres que no paraban de preñarse. Desde que Miriam trabajaba ahí, solo una de las chicas se había embarazado y él no había llegado a enterarse.

El cuidado debía ser riguroso. A pesar de estar hechas para recibir embates constantes, los cuerpos de las muñecas eran delicados. El mal guardado era la causa principal de su deterioro.

Sobre todo, había que cuidar a Roxana de la humedad para que no le salieran hongos ni se pelara la silicona. Con el uso sostenido, los pliegues de la axila, atrás de la rodilla y los codos podían abrirse. Después de cada turno, Miriam la revisaba. Además de lavarla y enjuagarle bien las cavidades, controlaba que las articulaciones estuvieran sanas, le corregía el maquillaje y la peinaba. Tenía un pegamento especial para emparchar cualquier área de piel que se hubiera agrietado. Si el daño era importante, tenía que avisar y llevarla al taller para que Jorge la arreglara.

La primera vez, Miriam se acercó a Roxana con cautela. Sabía limpiar cuerpos de niños movedizos, platería valiosa y pisos de madera. La muñeca rígida pedía una nueva forma. Se pensó como una funebrera alistando un cuerpo frío, pero la imagen le pareció inadecuada. Había algo en Roxana que no sabía nombrar.

De a poco, las pequeñas tareas se convirtieron en rituales: el lavado del pelo, los cambios de vestuario y la bruma perfumada para quitarle al plástico el olor a sudor ajeno. A veces, la trataba como a una amiga forjada en silencio; otras, como un objeto precioso para atesorar.

Los días se parecían. Miriam subía y bajaba a Roxana sobre su espalda hacia la habitación asignada, siempre la misma. La hubiera cargado en brazos, pero era demasiado larga para el ancho de los pasillos. Aunque se podía doblar un poco, prefería no hacerlo. Le habían indicado que, mientras no estuviera en uso, debía permanecer en su posición original: con los brazos y las piernas apenas flexionados.

Había un cliente que le llevaba flores. Las dejaba sobre la cama, como una ofrenda a un amor estático. Miriam siempre las recogía y las ponía en una botella cortada. Duraban lindas un solo día. Otro cliente la maquillaba con colores fuertes y trazos torpes. Los labios y los ojos competían con las mejillas. A Miriam le intrigaba uno que parecía que no la tocaba. Después de él, Roxana siempre volvía limpia. Esa actitud la inquietaba.

El lunes no trabajó. El franco era un acontecimiento reciente, un pequeño reconocimiento por parte de Gerardo. En aquel momento,

recibió la noticia con gratitud. Pero después de la primera semana, se dio cuenta de que ese día en la pieza alquilada se le hacía largo. Igual de silencioso que en el cuartito, pero más solitario. Además, desconfiaba de la habilidad de la otra chica para cumplir su tarea. La imaginaba brusca, cepillando con fuerza, fregando la mugre como si fuera grasa en una fuente de vidrio.

Lo primero que hizo Miriam ese martes cuando llegó fue buscar a Roxana. La encontró colgada de la pared. Le había dicho varias veces a la chica nueva que la dejara acostada sobre una de las camas, pero no le hacía caso. Se acercó a Roxana y le metió un dedo en la concha, después en la boca. Limpio pero húmedo. Miriam la descolgó y la paró. Inmediatamente, se dio cuenta de que había algo mal en una de las piernas.

Jorge la recibió con la simpatía de siempre, de la que Miriam sospechaba un poco. Le ofreció un mate que ella fingió tomar. Estaban rodeados por mujeres desnudas o semivestidas colgadas de las paredes. Una tenía una bolsa de plástico celeste en la cabeza. Sus ojos estaban abiertos y la bolsa apenas metida en la boca. Él se rio cuando la vio mirándola. No era su primera vez en el taller, pero no lograba acostumbrarse al paisaje. Estaba habituada al cuerpo bobo de una sola persona, no a los cuerpos colgados en fila para ser operados. Jorge arreglaba *real dolls* de dos o tres marcas diferentes que le enviaban de todas partes del país y de Brasil. Las muñecas que le mandaban desde Brasil eran, por lo general, de piel oscura. Lo contaba como un dato curioso.

Era un hombre unos quince años más grande que Miriam. Ingeniero mecánico de profesión, pero ya jubilado. Alguna vez le había contado cómo era que había terminado con las muñecas. Cada vez que iba al taller, Miriam buscaba entre las diferentes caras tratando de adivinar cuáles de esos cuerpos le pertenecían. A Jorge le gustaba contarle los pormenores de su trabajo. La retenía con charlas que giraban alrededor de las muñecas.

Esa vez le mostró un modelo rubio con una pierna parcialmente amputada, que se había negado a enmendar. Se refería a sí mismo como un cirujano.

—A mí me das silicona líquida y tiras de vinilo y opero, pero así no. A esta es la segunda vez que me la traen con el mismo tema. Al dueño le gusta atarle las piernas —dijo, y agregó—: Mirá esos tobillos.

Estaban completamente pelados. Como era muy costoso enviar las muñecas afuera para los arreglos, la empresa que las comercializaba le derivaba a Jorge las consultas del Cono Sur a cambio de que trabajara con los repuestos originales (lenguas, labios, ojos y pelo).

Miriam lo escuchó un rato hasta que pudo hablar. Le enumeró las heridas de Roxana. El brazo izquierdo estaba desprendido por dentro, la articulación de la pierna, trabada, y tenía un cortecito en el omóplato. Jorge la colocó en la camilla y la desvistió. El camisón se cayó al piso; no lo levantó. Prendió la lámpara para revisarla.

—Ya va estando para jubilar —le dijo mientras le abría y cerraba la mandíbula—. Este defecto de la boca ahora lo modificaron. Tuvieron que cambiarle el material a la pieza entera. Aguanta un poco más, pero deberían pensar en remplazarla. Si querés después lo llamo a Gerardo y le explico bien.

Miriam era solo la chaperona.

—Con una de estas no hacen nada —evaluó.

Jorge cargó a Roxana en su hombro como si no pesara. Se refería a ella como “la Roxi de Gerardo”. Levantó la ropa con el pie, la hizo un bollo y se lo lanzó a Miriam.

—Venite en una semana.

Miriam estiró el camisón y lo colgó de su antebrazo. Jorge le preguntó si quería que le corrigiera el color de los pezones y el maquillaje. Miriam dijo que sí por no saber qué otra cosa contestar.

—Antes de que me olvide.

Jorge sacó un cepillo alargado y redondo de un cajón.

—Para los orificios. Tiene cerdas más blandas para cuidar la silicona —dijo y se lo entregó—. Va de regalo.

Parecía la escobilla con la que se limpian los decantadores de vino. El cepillo de dientes que usaba le pareció agresivo en comparación con eso. Miriam aceptó el cepillo sin decir nada. Jorge

la confundía. Lo sentía excesivamente cálido. Lo que para ella era una morgue de silicona, para él era público. Por lo general, delante de ella, Jorge se manejaba como si las muñecas fueran parte del paisaje, pero en alguna ocasión lo había visto repartir caricias furtivas a los pies que colgaban a la altura de la mano. Alguna vez le había dicho que sentía una responsabilidad muy fuerte hacia las muñecas, ya que nunca olvidaba que esos eran objetos que alguien quería y en los que habían invertido mucho dinero. Miriam se fue preguntándose qué haría Jorge cuando estaba a solas con esos cuerpos que le enviaban de todas partes para que curara.

A la semana, Miriam volvió por Roxana. Pagó el arreglo con billetes húmedos que llevaba escondidos en el corpiño. Jorge le hizo mirar los arreglos y constatar lo bien que había hecho su trabajo. En su bolso, Miriam había puesto algunas prendas suyas para vestir a Roxana. No quería transportarla en camisón y que sus genitales tocaran el tapizado del asiento. Además, si la llevaba vestida, el taxista iba a hacer menos comentarios.

Estaba intranquila. Le pasaba siempre que Roxana tenía turno con alguien que no formaba parte de sus regulares. No era un presentimiento, el concepto era absurdo. Aun así, estaba segura de que cuando terminara su turno iba a encontrar algo extraño en la habitación, o en Roxana.

Supo que tenía razón cuando abrió la puerta y la vio tapada por completo. Miriam se acercó, le quitó la sábana de un tirón y se puso a revisarla con la pericia de una dermatóloga. La desesperó no encontrar el daño inmediatamente. Metió los dedos en la vagina. Los sacó húmedos. Los frotó y comprobó que solo era lubricante. El preservativo estaba en el tacho. Volteó a Roxana y buscó hasta encontrar el daño detrás de la oreja. Levantó la piel suelta con cuidado para ver el tamaño de la rasgadura; llegaba hasta la pera. Podía ver su interior. Esperaba encontrar la mandíbula, pero solo había una estructura de plástico rígido que en nada se asemejaba a una calavera. El pellejo, del lado de adentro, era brillante. Colocó la piel en su posición y sintió un malestar en la boca del estómago. Le acarició el tajo y bajó a Roxana al cuartito. La acostó en el piso para

que la cara no le quedara colgando y llamó a Jorge. Le preguntó si podía llevar a Roxana ese mismo día, pero él estaba terminando su jornada. Le dio vergüenza insistir. Y eso le dio culpa.

Esperó a que Gerardo llegara y lo hizo acompañarla al cuartito. Le mostró el corte.

—Fijate si podés pegarlo con La Gotita —dijo Gerardo, un poco ofuscado.

Era la primera vez que dudaba ante un arreglo. La muñeca se había convertido en un gasto. Gerardo se sentó al lado de la cabeza de Roxana y miró a su alrededor el cuartito en el que Miriam esperaba a que terminaran los turnos. La pared estaba tan descascarada que era posible ver en algunas partes los diferentes colores con los que se había pintado el cuarto sin ventanas. En una pared, una estantería metálica atiborrada con productos de limpieza. En la otra, un lavamanos chico. Del cielo raso colgaba una única lamparita de luz fría.

—Traete una radio para acá o algo —dijo Gerardo.

—¿Cuál es el máximo para el arreglo?

—No sé. Depende. Llorale un poco a Jorge.

Gerardo le acarició la cara a Roxana con suavidad.

—Nunca le entré —dijo reflexivo y le pellizcó un pezón—. Tendría que haberla estrenado yo. Ahora me daría asco.

A Jorge también le molestó el tajo. Era un lugar extraño para una lesión.

—Si un tipo me trae a su muñeca así, no se la acepto. Me molesta más que los tobillos atados.

Había que ser cuidadoso con ellas por lo que representaban, dijo. Le contó de un cliente suyo que compartía la cama con su esposa y su muñeca. La mujer había entendido, después de rechazarla durante meses, que su marido necesitaba cuidar de alguien y la aceptó en la cama. Lo contaba con emoción. Miriam no entendía por qué le decía esas cosas, pero estaba acostumbrada a poner cara de interés y no juzgar. Había visto mucho a lo largo de los años.

—Necesito que me hagas precio.

—Hablé con Gerardo ya. No son para alquilar, son de uso personal. Para que rinda tenés que tener por lo menos cinco rotando. O más. El dólar está alto; los repuestos son caros. Hay que tratarlas con cariño. No hay otra.

—Yo también le voy a decir, pero ¿podemos hacer este último arreglo y después vemos?

Jorge hizo un gesto indefinido que Miriam entendió como aceptación. Cuando Miriam se disponía a salir, se distrajo con una muñeca de aspecto joven, casi una preadolescente.

—¿Viste que bonita? Esa llegó hace dos días. Es de un cliente nuevo. Le vi la foto en internet, cara de triste. Me escribió un mail largo explicándome que había perdido a su hija y que la había mandado a hacer para que se pareciera a ella. Que por favor se la cuidara mucho.

—¿Qué problema tiene? —preguntó Miriam.

—El de siempre: la articulación de la pierna.

El arreglo tardó más de lo pautado. Gerardo estaba nervioso. Se quejaba en voz alta de los presupuestos de Jorge y le pidió a Miriam que le estuviera encima. No podía faltar mucho para que Gerardo abandonara a Roxi en el cuartito, averiada junto a los trapos sucios y la lavandina. Gerardo le dijo a Miriam que se tomara esos días, que lo llamara vacaciones. No se los iba a descontar.

La semana libre se le hizo larga. Se encontró aburrida, sin saber qué hacer en ese barrio gris. Extrañaba el sonido sofocado de los gemidos y las charlas de las chicas en la cocina, aunque no participara. Se cruzó a su compañera de casa más de lo habitual y no supo cómo tratarla. Estaba acostumbrada a verla en la puerta de calle y dejarle el alquiler sobre la mesada.

Estuvo a punto de sacar un pasaje para visitar a su familia, pero justo Jorge le avisó que Roxana estaba lista para retirar y el mensaje la puso contenta. La pasó a buscar al día siguiente. Cuando llegó, colgaba de una de las paredes. Parecía flotar. En una ida al baño de Jorge, aprovechó para apoyarse en sus piernas en una especie de abrazo. Revisó la herida, y a pesar de que con detenimiento podía verse el parche, había quedado bien.

—Hoy me llegó el primer modelo trans. ¿Querés ver?

Miriam contestó que estaba apurada. A la salida, se vio de reojo en el espejo. El pelo canoso amarillento y una arruga a cada lado de la comisura del labio. Se preguntó si alguien fabricaría una muñeca que se viera como ella. ¿Las harían viejas?

Paró un taxi y luchó para meter a Roxana en el asiento de atrás. Podía ver los ojos del chofer mirándolas por el espejo retrovisor. Con la ansiedad por ir a buscarla, se había olvidado de llevarle ropa, la había tapado con su campera. Miriam no sació la curiosidad del taxista con respuestas. Le preguntó adónde iban, así, en plural. Sin pensarlo, dijo la dirección de su casa.

La cargó sobre su espalda. Por suerte nadie la vio entrar. El pie de Roxana rozó la pared del pasillo y la rugosidad le peló un poco el meñique. Miriam abrió la puerta y trepó la escalera. Una vez en su habitación, tiró a Roxana en la cama de una plaza. Ocupaba más de la mitad.

La dejó sola y bajó a cocinarse algo rápido. En la cocina, encontró los rastros de su locadora: la bacha rebosante y las hormigas recorriendo un resto de pollo. Puso los fideos, bastante más que una porción. Se dio cuenta cuando los vio flotando apretados. Comió, ordenó sus cosas y volvió a la habitación. Sentó a Roxana en una silla. Le dejó la campera de jean puesta. Gerardo todavía no le había escrito. Vio un poco de televisión; se quedó dormida.

A la mañana siguiente la asustó abrir los ojos y encontrarse a Roxana sentada. La había olvidado en el sueño. Le escribió a Gerardo que estaba enferma y que no había llegado a ir a lo de Jorge. *Avisame si mañana no podés y voy yo*, fue su respuesta. Escuchó las llaves y el portazo que indicaban la salida de Yanet. Bajó a desayunar. Mientras esperaba que hirviera el agua, subió a buscar a Roxana y la bajó.

Era un lindo día, o al menos eso parecía desde el departamento vacío. Cada tanto se escuchaba algún auto que pasaba con la música fuerte. Miriam agarró la taza y recorrió el cuarto con la vista. La puerta de la habitación de Yanet estaba entreabierta. La empujó con

el pie y se recostó en el marco de la puerta. Era mucho más grande que la suya y por todos lados había cositas: adornos inútiles, algún portarretratos de plástico, peluches que se habían caído de la cama. Entró para inspeccionar. Miró a Roxana, le hizo una mueca. Caminó unos pasos y giró varias veces. No sabía mucho de su compañera de casa. El nombre le sonaba raro.

Con el zapato esparció las revistas del piso y leyó los títulos. Se preguntó si Yanet seguiría trabajando en el local de celulares. Buscó entre la ropa que se había acumulado en la silla. Agarró una remera estampada que le pareció colorida. La extendió en la cama. No pudo imaginarla en su cuerpo.

Vistió a Roxana con un short sucio de Yanet. Metió el camisón de siempre adentro del elástico del short. Ahora pegaba mejor con el entorno.

Le dieron ganas de sacarla a pasear. Tal vez ir un rato a la plaza, a tomar un poco de sol. Se alistó y volvió a buscarla. La cargó en la espalda, un poco entusiasmada. Cuando la tuvo calzada sobre los huesos de la cadera, se recordó en lo de Gerardo. Una cosa era caminar los pasillos de allá y otra las calles del barrio. Imaginó las miradas inquisidoras en la plaza y desistió. Deslizó a Roxana por la espalda, la puso en un asiento. Pensó que de haber tenido un auto, o una silla de ruedas, el paseo hubiera sido posible.

Sola ya no la entusiasmaba tanto. Igual se obligó a dar una vuelta corta. Antes de irse, le prendió la radio a Roxana. Caminó hasta el parque. Se preguntó qué haría tanta gente un miércoles a esa hora. Se sentó en un banco cerca de los juegos y cerró los ojos. El sol se sentía rico en la piel. Las otras personas hacían cosas en la plaza. Estaban los que leían o paseaban al perro, los que se ejercitaban. Gerardo llamó dos veces. Miriam dejó que sonara. Él había estado escribiéndole durante varias horas. Algunos mensajes los leyó, otros los borró directamente. Trató de imaginar su futuro sin el trabajo en lo de Gerardo. Todavía podía volver, pero en el fondo ya no quería seguir limpiando. Almorzó en un bar chico y pasó por el almacén. Le hubiera gustado tener más lugares para visitar.

Cuando abrió la puerta, no vio a Roxana. La cocina estaba vacía. Dejó sus compras en la mesa y recorrió la casa. Abrió la habitación de Yanet. Tampoco estaba ahí. No sonaba la radio, pero no se percató. La casa era chica. Subió las escaleras apurada y entró a su habitación. Roxana estaba apoyada contra una de las paredes interiores. La había movido Yanet. Cuando se la cruzara, inventaría algo para justificar su presencia en la casa.

Miriam le acomodó el pelo a Roxana y la puso sobre la cama. Se acostó a su lado un rato. Le hubiera gustado hablarle, como si fuera una amiga, pero no lo sentía natural. Tenía ganas de contarle que cuando era chica compartía una muñeca con su hermana. Se la habían dado en una iglesia días antes de Navidad. Cada uno podía elegir un regalo entre una montaña de paquetes con moño. Elegían de acuerdo a la edad. Había dos montañas, una para varones y otra para mujeres. La hermana de Miriam sacó un bebote anaranjado que venía con mamadera. Cuando fue el turno de Miriam, solo quedaban siete paquetes de la montaña de chicos. No se acordaba qué le había tocado, pero sí la decepción. Alguien la retó por llorar y no salió en la foto que colgaron en la cartelera de la parroquia.

Se despertó con un mensaje de Jorge: *Todo bien*? Hacía tiempo que su teléfono no sonaba tanto. Pensó que podría prescindir de él, al menos hasta que consiguiera otro trabajo. Le sacó la batería. Tal vez ni siquiera lo necesitaba y se ahorraría el gasto.

Estaba por bajar a prepararse algo para cenar cuando escuchó a Yanet entrar. Tendría que haber bajado a hablarle, pero le daba un poco de vergüenza. Pospuso la charla para el día siguiente. Tenía galletas guardadas en el cuarto.

Se quedó mirando el pelo caoba de Roxana, demasiado brillante, desparramado sobre la almohada. Se preguntó si ella se vería así durmiendo. Su pelo era pajoso y lo mantenía a raya con una colita baja. Sentada en el borde de la cama, le habló en voz alta por primera vez mientras le daba la espalda. Intentó un tono amistoso. La miró. Leyó entendimiento en su eterna cara de asombro. El cuerpo inerte sobre su cama significaba su renuncia, quizás un robo. Ya no volverían a lo de Gerardo.

Roxana estaba muy pintada para alguien dispuesto a dormir. Fea y usada. Le dieron ganas de lavarle bien la cara. Recordó la mano de su marido en la nuca y la toalla húmeda refregándole el lápiz de labios. Odiaba el camisón que usaba Roxana, el vestido que nunca lavaban. Pasaba los días entrando y saliendo de ese camisón de tela plástica en la más ordinaria tonalidad de rojo. Tomó una remera larga de algodón de su ropero. Miriam le bajó los dos breteles y arrugó el camisón en la cintura para pasarlo por abajo. Le cerró las piernas y también le sacó el short. Roxana quedó desnuda. Miriam se trepó sobre ella para vestirla más fácilmente. Sus brazos largos formaban un ángulo difícil de manipular. Roxana tenía una belleza barrial, marcada por el paso de los hombres sobre su cuerpo. Era una mujer común, con potencial de estrella de pueblo que triunfa momentáneamente en la televisión nacional. Miriam le levantó la cabeza para pasarle la remera. Trató de meter el brazo izquierdo estirando la prenda. No estaba hecha para andar vestida. Con la espalda tan chica y las tetas enormes, todo le quedaba raro.

Era tarde. Miriam consideró acostarse poniendo sus pies junto a la cabeza de ella, como hacía de chica con su hermana. Se acostó a su lado, las dos parejas mirando la humedad del techo. La giró hacia la pared para tener más lugar. Se permitió el abrazo. El pelo le olía levemente a grasa. Apagó la luz de noche.

Jorge le había contado que este modelo no tenía ano. Ni eso le habían dado. Pensó en un culo cosido, un culo cerrado al mundo. Le tuvo lástima y la abrazó con fuerza. Sintió la redondez de su cola. La silicona, ya caliente y tersa a causa de su propio calor. Miriam le acarició la panza plana. Buscó el ombligo y recorrió el borde. Era apenas una depresión sin profundidad. No había notado esos detalles antes. Exploró con las yemas hacia arriba y encontró los globos redondos y parados, similares a los de algunas chicas del local. Los comparó con los suyos, siempre modestos, cada día un poco más desinflados. Los apretó y no cedieron. Localizó los pezones, de color diferente después de cada arreglo. No había tintura que aguantase las lamidas y el sudor.

No la conocía sin el trapo de por medio, sin el objetivo concreto

de revisarla. Bajó con la mano hasta su vientre y avanzó con los dedos por su pubis liso hasta entrar en los pliegues apretados. Tenía una concha tímida, de nena y hacia adentro, posiblemente modelada a partir de una chica muy joven. La acarició.

Tomó a Roxana de los hombros y la dio vuelta. La quería. Retomó su inspección, esta vez espejando los movimientos en su propio cuerpo. Metió un dedo lento y sincronizado en cada una de las dos conchas. Una húmeda y la otra seca. Miriam se encorvó para hundir su cara en el esternón de Roxi, los cachetes sostenidos en cada lado por sus tetas. Lamió la teta inflada, la textura se sentía como lamer la piel de una fruta suave. De repente, la acción le pareció tonta. Le dio vergüenza. El gusto a plástico permaneció en su boca. Se trepó sobre Roxi y se sentó sin descargar todo su peso. Le acarició la cara y se acostó sobre su cuerpo para ser tocada entera.

Fregó su cara contra la silicona y le succionó el cuello. Colocó la mano de Roxana en su garganta y presionó con los dedos sobre los de ella. Le metió tres dedos de su mano libre en la boca hasta tocar el fondo. Le tomó la lengua y tiró un poco hasta que se salió. La arrojó contra la puerta. Escupió en sus dedos y se humedeció la entrepierna. Acercó sus labios a la oreja de Roxi y susurró: *Puta*.

Miriam se movía cada vez más rápido. Le clavó los dientes en la mano, le chupó la palma. Se tocaba con dedos rígidos en movimientos circulares, por afuera, mientras presionaba contra el cuerpo de Roxi.

La tensión emergía desde el centro hasta la piel. Un vaso que ya no puede contener. El frote cada vez más violento. La explosión fue como un derrame.

Miriam se recuperó con su frente acalorada apoyada sobre la de Roxi. Limpió sus dedos ácidos en la pierna que no era suya. Cayó hacia la pared y se quedó dormida.

Cuando despertó al día siguiente encontró a Roxana en el piso, abierta en un abrazo que nadie nunca devolvía. La luz de la mañana rompía el hechizo.

Bajó al baño. Yanet ya se había ido. Encontró una nota escrita a

mano en la mesa, sostenida por una naranja. *Vuelvo a las siete para que hablemos*.

Lo había vivido varias veces, ya sabía cómo terminaba. Yanet le diría que el novio se mudaría con ella o que su prima estaba viniendo a Capital. No le mencionaría el susto que se pegó cuando entró el día anterior. Probablemente tampoco fuera culpa de Roxana. Es corto el tiempo que podés vivir con una extraña que casi no te habla. Bastante había durado. De todas las veces que la habían echado, esta sería la más suave. Seguramente, Yanet evitaría devolverle el proporcional del alquiler y no podía culparla. Se preguntó si Yanet era de las que te echaban de un día para el otro o si te daba tiempo de encontrar otra cosa. Miriam había aprendido a mudarse en un día. Sabía elegir las cinco cosas imprescindibles y dejar el resto atrás.

Ya en su cuarto, corrió a Roxana de la cama. Probó pararla en la esquina, pero no tenía ganas de verla todo el tiempo. Probó taparla con una sábana. El efecto era el mismo. En el armario no entraba. Intentó correrlo para guardarla atrás. Tampoco se sintió cómoda con esa solución. Finalmente, la metió sin ropa debajo de la cama con la idea de buscarle otro lugar pronto. Volvió a acostarse sobre la frazada e intentó adivinar su futuro en la humedad de la pared. Tendría que empezar por buscar otro trabajo. Pensó en cambiar la limpieza por tareas de acompañamiento, tal vez cuidando a personas mayores. Pensó en Gerardo. Quizás mereciera una explicación. Pero no quería prender el teléfono. Así era más fácil.

Esa noche se sentó en la cocina a esperar que Yanet volviera del trabajo. Llegó cerca de las nueve con bandejitas de comida para las dos. A Miriam le sorprendió el gesto. Le resultaba extraño estar sentada frente a alguien a quien vivía esquivando. Se había olvidado de que era una persona bastante agradable para conversar. Lamentó haberle sacado ropa sin permiso. Comió a la espera de que Yanet hablara de lo ocurrido el día anterior, pero de lo que ella quería hablar era del alquiler. Le dijo que vencía en dos meses y que ella no iba a renovarlo porque pensaba mudarse. Si quería, Miriam podía hacerse cargo de la renovación y buscar a alguien con

quien vivir. Miriam no se imaginó entrevistando a posibles compañeras. La ponía incómoda ese lugar tan central en las relaciones.

Le dijo a Yanet que ella también había estado pensando en irse. Solo necesitaba que le dijera una fecha así se organizaba. Después de la charla, se tiró sobre la cama con los ojos cerrados. Trató de imaginarse en otro trabajo, en otra ciudad.

El día de su ida definitiva, volvió a encontrarse con Roxana debajo de su cama. Había guardado sus cosas en cajas, tirado lo que ya no le servía y metido su ropa en bolsas plásticas. No se había olvidado de que Roxana estaba ahí, con la nariz tocando las maderas combadas de la cama. La dejó para lo último a propósito. Consideró abandonarla para que el dueño de la casa dispusiera de ella, quizás dejarle una nota para que se la devolviera a Gerardo. Ninguna opción se sentía justa. Se agachó y tiró del brazo frío para atraerla hacia ella. Observó su desnudez mugrosa en el piso. El pelo opaco, la pelusa gris conformada por células muertas y pelos pegada a su cuerpo. La miró un rato, pero no quiso tocarla.

Tomó la colcha liviana y percudida. La estiró y rodó a Roxana sobre ella. La enrolló. Ató las puntas con cordones de zapatillas. La cargó como una alfombra y salió de la casa. Caminó seis cuadras. Estaba por llover. Se apuró. Sabía qué iba a hacer, pero aun así estaba perdida, esperando algo.

Se detuvo cuando se le cansaron los brazos. Controló que nadie estuviera mirando y abrió el contenedor de basura.

Claudina

Lucila se desarrolló durante la clase de gimnasia. Estábamos en la cancha de vóley; me tocaba sacar. A Marian la dejan sacar de arriba, que es mucho más fácil, porque tiene púrpura. Se le pone negra la piel. Las demás lo tenemos prohibido. Cuando saqué, la pelota le pegó de lleno a Lucila en la parte trasera de la cabeza. El golpe la hizo escupir sus aparatos. Me dio un poco de asco que se los metiera de nuevo en la boca sin lavarlos antes. Yo perdí los míos la semana pasada en McDonald's. Los apoyé en una servilleta para comer y me los olvidé. Cuando los fui a buscar, ya no estaban. Todavía no se lo dije a mamá. Uso la cajita flúor todos los días para disimular.

No hicimos la vuelta de rotaciones porque Mariángela, la de Educación Física, dijo que mejor aprendiera el saque de una buena vez. Lucila me dijo que si le volvía a pegar no iba a ser más su amiga. Pero en verdad no somos amigas. Con Candela ya decidimos no invitarla a la fiesta de quince que vamos a hacer juntas. Lo anoté en un cuaderno para no olvidarme. Faltan más de cuatro años.

La miré bien a Lucila para calcular de no pegarle de nuevo. Tenía una mancha amarronada en el jogging, en la parte del culo. Era chiquita. Pensé que tal vez se le había escapado uno. Hice el saque, pero me desconcentré mirando a Lucila y la pelota se trabó en la red. Por suerte, como a Mariángela le deprime cómo jugamos, no cuenta los puntos de los partidos.

A la tarde nos enteramos de que lo de Lucila no era un pedo porque se largó a llorar y la mamá la vino a buscar. Al día siguiente faltó, obvio. Todas sabíamos. Algunas le escribieron cartitas para que se sienta mejor. No le presté nada de atención a la maestra de Naturales y ahora no sé las partes de la célula. Durante la clase, solo podía pensar en el jogging de Lucila. Candela anduvo preguntando,

pero parece que a nadie más le había pasado, o por lo menos nadie lo quiso decir. Traté de dibujar la mancha marrón con mi pluma apretándola contra el papel. Apreté tanto que se abrió la punta. Ahora la tengo que tirar. Ojalá me compren la Parker verde metalizado de la librería.

*

La primera semana de clases nos dijeron que, como se cumplían setenta años de la fundación del colegio, iban a pasar cosas sorpresa y celebraciones, pero hasta ahora no pasó nada especial.

En Catequesis nos regalaron un álbum de figuritas de Claudina. Pero no es como las figus comunes. No las venden en el kiosco y no las podés cambiar con nadie. Vienen todas al final del librito. Los dibujos no son muy lindos; no hay figuritas especiales ni con brillos. Nos hicieron leer el álbum durante la clase, pero nos prohibieron distraernos pegando las figuritas. Si las querías pegar, lo tenías que hacer durante el recreo o en tu casa.

El álbum cuenta la vida de Claudina en la revolución de Francia. Parece que le mataron a todos los hermanos. Ella perdonó a los asesinos, que, creo, eran soldados. El álbum de Candela quedó hecho un desastre porque se confundió el orden y trató de despegar las figuritas. No son de muy buena calidad. Le quedaron casi todas fuera de los bordes. El mío lo guardé para hacerlo prolijo antes de irme a dormir. Todavía no lo completé. Hay una imagen de la guerra que se arma con seis figuritas distintas en la que muestran el momento en el que están por matar a los hermanos y a otra gente que también se murió en ese momento. Esa no sé si la quiero pegar.

*

Creo que soñé con Claudina, pero no estoy muy segura. Tenía los ojos cerrados, eso sí. Mi duda es si fue un sueño o si lo imaginé o si me vino. Fue feo porque era la guerra de la revolución y yo estaba en la cárcel con sus hermanos. Además, sabía que me querían asesinar. Claudina me decía que yo los tenía que perdonar a todos.

Como yo no quería, me agarraba de los hombros. Me sacudía mientras me gritaba que los tenía que perdonar igual, que no importa lo que yo quiero.

En la hora de Catequesis, le pregunté a Karina por qué Gladys, que era el sobrenombre de Claudina, los había perdonado a todos. Me contestó que porque tenía mucho amor para dar. Por eso, también adoptó a chicas huérfanas. Karina dijo que la vida de Gladys entraba en la prueba. Igual las pruebas de Catequesis son re fáciles, porque no hay que estudiar; si creés, ya está.

En la clase también nos hicieron elegir a nuestro santo favorito. Casi todas eligieron a Claudina. Yo elegí a san Francisco. El año pasado vimos la película. Todas se rieron de su corte de pelo, pero a mí me gustó que corría por el parque y siempre estaba rodeado de animales. Además, estaba un poco de novio con santa Clara. Su historia es mucho mejor que la de la guerra. Le pregunté a Candela qué santo había elegido ella. Me dijo que san Jorge porque hay un dragón. Para mí que eso no puede ser verdad porque los únicos dragones que hay, lo vimos en Naturales, están en una isla que se llama Komodo, y además esos no son dragones de verdad. Y ahí que yo sepa tampoco hay santos.

A la tarde faltó la maestra de Inglés, entonces nos pusieron a armar los rosaritos para repartir cuando vayamos a misionar a la plaza de acá cerca. En cada bolsita hay que poner un rosario de diez cuentas, una estampita de Claudina y un sticker del escudo del colegio. Armé bastante pocos porque Candela me apostó a que no me animaba a llenarles el bombachudo de bolitas a las demás. Lucila nos gritó muy fuerte cuando nos acercamos. No se lo pudimos hacer. Después nos vino a pedir perdón por habernos gritado, pero dijo que teníamos que tener cuidado con ese juego porque tal vez alguien más se había desarrollado en secreto y le podía hacer mal. Candela me contó que ella se iba a desarrollar recién a los quince, como su mamá. Yo no le dije nada, pero mi mamá me dijo que seguro a ella le pasaba pronto porque ya tenía el botón. También dijo que era una pena lo de Lucila, porque era muy chica y eso te marca. Lo único diferente del desarrollo de Lucila es

que no para de hablar de eso. Madre Fabiola nos dijo que la Virgen nunca se había desarrollado, por eso se llama Inmaculada. A Candela se le ocurrió que a Lucila le podemos empezar a decir la Masculeada. Igual solo lo decimos a sus espaldas.

*

En el micro, camino al Intercolegial de vóley, había un olor raro difícil de describir. Flotaba en el aire, pero no sabía exactamente de dónde salía. Era como una nube invisible. El micro empezó a oler parecido al talco de rosas que me pongo en los pies para no tener olor a pata, pero con baranda a chizito. Al principio me parecía rico, pero después me asustó un poco porque me acordé de lo que nos había dicho Madre Fabiola en la Convivencia. No pasa cuando se aparece en fotos, paredes y tostadas, pero cuando la Virgen se te va a aparecer en persona, antes de que la veas, hay mucho olor a flores. Ojalá nunca se me aparezca a mí. Por suerte, solo se le aparece a la gente que tiene que convencer y yo ya creo.

El olor se hizo cada vez más fuerte y la cabeza me empezó a doler. No me pude contener porque fue todo muy de repente. No saqué la cabeza por la ventana por miedo a que otro colectivo me la arrancara. Traté de apuntar desde adentro hacia afuera. No me alcanzó la fuerza. El vómito terminó todo chorreado en el vidrio, del lado de adentro. Me cayó en la chomba y se chorreó sobre el asiento. Un poco también se metió en los tajos del tapizado.

Aunque después de un rato me empecé a sentir mejor, Mariángela no me dejó participar del Intercolegial porque estaba vomitada. Perdimos. Me quedé toda la tarde sentada en las gradas. Estábamos en provincia y mamá no me podía ir a buscar.

*

Este año la misión a Chaco va a ser mucho más grande por el aniversario del colegio. Hasta van a dejar que vayan chicas de tercer año. Todas las semanas hay que colaborar con un alimento no perecedero y una prenda en buen estado que ya no uses mucho

pero que un poco te cueste dar. A los grados más bajos nos toca misionar por el barrio. A mi división le tocó la plaza cerca del colegio. Nos dividieron en grupos de cinco chicas y un adulto. Mamá no se quiso ofrecer para acompañarnos, dijo que mejor les dejaba el lugar a las madres que no trabajan. La consigna era parar a los que caminaban para hablar con ellos un rato de Jesús. Karina dijo que entre cinco minutos y quince por persona estaba bien.

Ya habíamos practicado cómo hacerlo en clase. A cada uno teníamos que intentar darle uno de los rosaritos que habíamos hecho. Si querían hablar, nos podíamos quedar conversando con ellos sobre religión. Madre Fabiola dijo que nuestro objetivo no era convencer a nadie, pero que tal vez había gente que no conocía la buena nueva, ni a María ni a Jesús, y que por ahí por eso no eran católicos.

Me dieron ganas de hacer pis apenas llegamos a la plaza. Tuve que pedir para usar el baño en una pizzería. Le dejé un rosarito al chico de la caja. Tenía tatuada en el antebrazo la cara de su papá. Creo que me lo mostró porque su papá también usaba anteojos como yo. En el tatuaje se los habían hecho, pero había quedado raro porque atrás del vidrio no le habían dibujado las pupilas. El chico me dijo que eso no le gustaba tanto, que por ahí los hacía pintar como si fueran anteojos de sol.

Cuando salí, Candela ya había entregado casi toda su bolsa. Me estaba ganando. Iba a tener que pagarle los diez pesos que habíamos apostado y eso me puso de mal humor. Después me dio culpa. Si Gladys había podido misionar aunque se quedó sola sin hermanos, yo podía también seguir. Traté un rato, pero la gente me preguntaba cosas y yo me quedaba muda. Candela se hablaba todo porque en su casa rezan en familia a la noche después del postre y sabe qué decir.

Casi todas las estampitas se las enchufé a señoras mayores. Los hombres me decían que no querían o directamente ni frenaban. Una persona se ofendió. Dijo que yo no tenía derecho a decirle en qué creer. Me quiso devolver el rosarito, pero yo no se lo agarré. Si no los repartía todos, no íbamos a volver a tiempo para el recreo largo.

Le contesté que podía tirarlo a la basura pero que se fijara si quería arriesgarse.

Una me dijo que creía en la energía. Dios era para ella como una bola de fuego. Con Candela nos tentamos, pero esperamos a que se fuera para reírnos. Ojalá se le aparezca la Virgen.

*

No paro de soñar con Claudina. Creo que es porque todavía no llené el álbum. No me acuerdo bien qué pasaba. Yo estaba frente a la pared del fondo del patio del colegio, adelante de la estatua de Jesús a la que le faltan dos dedos. Al lado mío, había algunos hombres vestidos de revolución. Me iban a matar. A mí y a todos. No se veía bien a los que estaban enfrente, pero yo sabía que desde ahí me estaba mirando Claudina. De repente, se escuchaba un disparo y una pelota de vóley me pegaba en la cara.

*

Ayer tuvimos el primer baile en un colegio de varones. Me dejaron ir porque es un colegio amigo y muchos de los hermanos de mis compañeras van ahí.

Nos juntamos en la casa de Marian para prepararnos. Yo fui vestida con unos jeans nuevos gastados de color violeta. Bueno, eran casi nuevos porque ya los había usado para el cumpleaños de mi abuelo. Todavía no los había lavado, así que contaban como nuevos. Marian le robó algunas pinturas a su hermana. Me pintó con un crayón los granitos de la frente y me hizo dos trenzas que me saqué apenas llegué a la fiesta. No quedaban bien con los anteojos. A Candela le compraron un jean reversible que tiene un lado normal y otro que está todo dibujado con pintura de colores como de grafiti. Es de tiro muy bajo. Si se agacha, se le ve la bombacha. Me contó que se la tiene que enrollar.

La fiesta fue un poco peor que las de los colegios de chicas, porque las hacen en la cancha de fútbol y no había luces. La música estaba más o menos. Apenas llegamos nos juntamos con Magda y

Brigi para bailar, porque a ellas también les importa más divertirse que ir afuera a ver si fuman a escondidas o se transan a alguien. Me pasé la fiesta escondiéndome de mi primo segundo, que va a ese colegio y es un año más chico. Al final me encontró. Se quedó charlándome de mis tíos y de la quinta de mi abuelo. Candela me hacía caras para que lo echara, pero no sabía cómo decirle que se fuera sin ser muy mala. Por ahí me tocaba pasar Navidad con él.

La última hora me empecé a sentir mal por el calor del gimnasio y porque mis anteojos se empañaban y no podía ver nada. Tuve que salir para tomar una Coca fría. Me sirvieron el culito de una que no tenía gas. Me saqué los anteojos un rato. Un chico me preguntó qué me pasaba en el ojo, si me habían pegado. Pensé que estaba todo bien, pero después cuando me fui a mirar al espejo lo tenía más cerrado.

Para mí fue una fiesta cinco, pero Candela dice que no estuvo tan mal, que ella le pondría siete.

*

La semana que viene hay un acto. Dijo Madre Fabiola que es el evento más importante del año, porque vienen delegados de todas las otras sedes del colegio y un cura que es amigo del papa. Todos los años tienen tareas especiales. A nuestro curso le toca hacer la historia del colegio desde Francia hasta ahora y contarla en cartulinas. Todas las clases de Catequesis están ocupadas en esto; si no llegamos, vamos a usar alguna clase de Historia.

A mi grupo le tocó la parte en la que las monjas se tuvieron que venir obligadas a la Argentina porque las iban a asesinar y se querían llevar una estatua de la Virgen pero no podían sacarla. Llamaron a unos albañiles para que la bajaran a la fuerza. La estatua no se movía. Al final, cuando ya estaba todo complicado, la pudieron sacar porque la Virgen quería irse a la Argentina en un barco con las monjas. Es parecida a la historia de la Virgen de Luján. Se lo dije a Madre Fabiola y dijo que no eran nada que ver. Lucila en el recreo me vino a decir que para ser católica tenía que creer en todo. Y yo no es que no creía. Las historias son parecidas,

pero también porque la Virgen siempre es la misma persona aunque tenga colores de piel distintos.

*

Hay una voz que dice mi nombre. Cortito y de repente. Antes era un ruido que no decía nada, como un clic en el oído. Empezó hace un tiempito y me estaba haciendo la tonta porque pensé que era mi imaginación, pero bueno, no sé. Al principio era solo a la noche, antes de dormir o cuando me despertaba de una pesadilla o parecido. Ahora pasa muy seguido y no sé si pasa de verdad o es mi imaginación. No sé si contarlo o a quién. Creo que a Claudina le pasaba algo parecido y al final terminó siendo Jesús. Lo busqué en el álbum, pero esa historia no la pusieron. Tal vez es algo del cerebro que anda mal. Lo único que no quiero es ser como la señora que vive en la calle al lado del supermercado y le grita a mamá que es puta.

*

Hace meses que mamá me quiere cambiar de cuarto. Yo al principio no quería, porque me gustaba mi cuarto, pero me dijo tantas veces que es feo y que se lo tenemos que dejar a mi hermana que ahora ya no me gusta. Mamá está remodelando la casa y pintando todo. Lo está haciendo ella sola, así que tan bien no está quedando. Ya empecé a guardar mis cosas. Tengo una bolsa enorme de ropa para donar. No sé si llevarla al colegio para la misión a Chaco o a la parroquia para los pobres de más acá.

Descolgué el cuadro de una Virgen medio desconocida, que estuvo arriba de mi cama desde que nos mudamos hace como diez años. No me acuerdo bien, creo que era chiquita o bebé. Abajo del cuadro hay una mancha del mismo tamaño que para mí se parece a la Virgen. No es como la imagen del cuadro. Parece una Virgen de otro lado. Es como una sombra de humo con forma de persona. Para mí, más que a la Virgen se parece a Claudina. Se la mostré a mamá y dice que lo raro es que en general, cuando sacás un cuadro,

queda un cuadrado blanco, no oscuro como en este caso. Pero también dice que si ve una cara es una cara medio chanfleada y que la pared se va a pintar sí o sí porque ahí adelante va el ropero. Le pedí que llamemos a un cura para que le rece o haga algo y me mandó a hacer la tarea. Al principio me puso triste, pero después me acordé de que lo mismo pasó en Estados Unidos con una Virgen que se había aparecido en un espejo y que después de que lo limpiaban con producto volvía a aparecerse. Por las dudas le saqué fotos con la cámara. Me gasté un rollo entero, que en vez de veinticuatro fotos rindió veintiocho.

*

Cuando fui a lo de Candela, su mamá vino a hablarme. Me dijo que todo bien si escuchaba voces, que a veces eso nos pasa a todos. Si las voces dicen cosas buenas o me saludan, seguramente son Dios o Jesús que me quieren dar un mensaje; a veces pueden ser los abuelos que te conocieron. Pero si lo que dicen es malo, le tengo que contar a mi mamá. Después de decirme eso, me dio un abrazo y fritó milanesas. No me enojé con Candela porque todos saben que le cuenta todos los secretos de la clase a su mamá.

*

Vino una señora al rosario del mediodía a hablarnos sobre la importancia de creer. A ella se le quemó la casa por un cortocircuito y no le quedó nada excepto un rosario que alguien le había traído de Roma, que estaba bendecido por el papa anterior. Todo en la casa estaba negro salvo eso, que no le había pasado nada. Nos regaló a cada una un rosario de plástico que brilla en la oscuridad. No me había dado cuenta de eso hasta que me desperté a la noche para ir al baño y lo vi brillando.

*

Hoy fue el sorteo para ver quién va a hacer qué en la misa que

acompaña el acto por los setenta años del colegio. Los trabajos fueron divididos entre las mejores de cada año. Las de sexto leen las intenciones, las de segundo son monaguillas, nosotras llevamos las ofrendas y los años más grandes tocan la guitarra y hacen los coros. Compusieron una canción que hace un mes venimos practicando todas las mañanas. Es difícil de cantar porque dice muchas cosas y no tiene tanto ritmo.

Además, como este año nos confirmamos, una va a llevar a la Virgen en procesión al altar. Karina dijo que la manera de elegir era por votación secreta. Cada una escribió el nombre de quien creía que merecía el honor. Nos dijo que no había que votar a la mejor compañera, que esto era más importante, que llevar a la Virgen es como un don. Lucila preguntó si era el premio a la mejor cristiana; Karina dijo que no, pero puso cara de que sí. Nos dijo que pensáramos en alguien que participara mucho en Catequesis, que fuera buena alumna y piadosa. Yo no sabía qué nombre escribir. Le pregunté a Candela si quería que la pusiera. Dijo que no porque ese día iba a tratar de enfermarse.

*

El conteo de los votos lo ganó Marian. No es la mejor compañera, pero ella se confirmó en su colegio anterior cuando tenía nueve. Además, el año pasado le escribió una carta a la Virgen y se la contestó. Después de que hicimos el ensayo, Marian se llenó de moretones en el brazo porque la imagen es bastante pesada. Karina nos pidió a las que empatamos en el segundo puesto, Brigi y yo, que ayudemos. También nos advirtió que la Virgen es muy antigua, que no se nos puede caer; que si nos cansamos, mejor la apoyemos en algún lugar, pero que tratemos de no hacerlo porque eso arruinaría la misa.

*

Anoche la voz no me dejó dormir. Es cuando más clara se escucha. Sigue diciendo solo mi nombre. Traté de hablarle, pero no pasó

nada. Un poco me cansa.

*

Me duele la panza y estoy un poco mareada. Creo que me puso mal ese olor de nuevo. Me fijé y no sale de mí. Mañana es la procesión y estoy nerviosa. Mamá me dijo que no tengo color en los cachetes, que parece que me morí. Candela al final no va a faltar. Dice que quiere ver cómo hago para no tropezarme en el medio de la procesión.

Fruta de verano

I

Fue un verano de sol intenso y vapor. La temperatura trepó arriba de los treinta grados a fines de noviembre y no volvió a bajar hasta el inicio de clases. El colegio había terminado tarde, después del feriado del 8. La última semana de tercer año había sido una tortura: un único ventilador en las aulas de techos altos, las medias por el tobillo y las polleras empapadas resbalando en los pupitres. Las que no se habían llevado materias pasaron de estar tiradas sobre las mesas agarrando las patas metálicas para sentir algo frío a mirar televisión debajo del aire acondicionado y quedarse más de la cuenta cada vez que abrían la heladera.

Cuando atendió el teléfono el jueves a la noche, Rosario pensó que Vanesa la llamaba tan tarde para invitarla a pasar el día siguiente en su club. Apreciaba cualquier invitación que la sacara de la rutina de diciembre: días de siestas intermitentes, vasitos de helado chorreados y alguna salida por el barrio después de las cinco de la tarde. No conocía a nadie que tuviera una casa con pileta. Casi todas sus amigas vivían en departamentos en el centro, bastante cerca del colegio. Si bien Vanesa no pertenecía a su grupo, habían sido vecinas durante toda la primaria. Solían ir y venir del colegio juntas; primero, acompañadas por una de sus madres; después, solas. Rosario le pidió a Vanesa que no colgara y corrió al cuartito de servicio. La atendió en el fax. Mientras charlaban, prendió el CPU con el dedo gordo del pie. El cuartito tenía una ventana pequeña que daba al lavadero, casi no corría el aire. Con la computadora prendida, la temperatura escalaba hasta hacerse insoportable. Veinte minutos ahí alcanzaban para que empezara a transpirar la remera de algodón pesado que usaba de camisón.

Hablaron de esa semana que había pasado desde el final de las clases. Vanesa le contó de las otras compañeras que se habían llevado materias y cosas graciosas acerca de los profesores. A la mayoría, Rosario no las vería hasta el año siguiente.

El repaso no les llevó tanto; chateaban seguido. Después de una pausa, Vanesa preguntó:

—Rochi, ¿es verdad lo que le pasó a Pao?

La voz era de preocupación. Que Rosario supiera, no había sucedido nada digno de ser informado. Probablemente, Paola estuviera bañada y empiyamada viendo televisión, como ella. Aunque no hubiesen arreglado nada, estimaba que la iba a ver en algún momento de la semana. Pero la pregunta indicaba que Vanesa sabía algo que ella no. Le dio un poco de celos. Ella era mucho más amiga de Paola que Vanesa.

—¿Es verdad que la violaron? —preguntó Vanesa.

Más que extraña, la pregunta le pareció absurda.

—No, ¿qué? No es verdad eso. ¿Quién te dijo?

—Mi prima que va con la hermana de Paola.

—Es mentira —le aseguró Rosario.

Esas cosas no les pasaban a ellas. Eran historias del diario, de otras chicas, de otros colegios. Rosario escuchó un ruido en la línea:

—Ignacio, cortá. Estoy hablando yo.

Le dijo a Vanesa que hablaran más tarde, que si se enteraba de algo más la llamara. Buscó a Melania en la computadora. No estaba conectada. Llamó a Solange. Cada dedo de la mano guardaba en la memoria el número de una mejor amiga. Atendió el padre con voz seca.

—¿Con lo de Sáenz? ¿Está Solange?

Como Rosario no se animaba a preguntar, charlaron de generalidades. Hizo como Vanesa había hecho con ella: círculos concéntricos alrededor de Paola. Quizás Solange no supiera nada y Rosario no quería ser la que sugiriera la posibilidad. Preguntar se le hacía parecido a acusar.

¿Hablaste con las chicas? Con algunas. ¿Nos juntamos el jueves al final? Me parece que no. ¿La viste a Pao? Sí, ¿por? Se midieron

tratando de descubrir quién sabía más. Rosario terminó cediendo, se hizo obvio que era a ella a quien le faltaban piezas.

—¿Es verdad que la violaron? —preguntó Rosario.

La respuesta tardó en llegar.

—Es verdad.

Solange era un poco más amiga de Paola que ella.

Ignacio apareció para sacarle la computadora. Masticaba el final de una patita de pollo. Eran las diez y diez y le tocaba a él. Le avisó que al día siguiente le iba a descontar esos minutos de su horario, que se la iba a tener que dejar a las nueve y cincuenta.

Rosario cortó el teléfono y aguantó la respiración unos metros hasta que llegó al baño. No quería que nadie la viera llorar. Se sentó sobre la tapa del inodoro. Prendió la ducha para sofocar su ruido. Puso el agua bien caliente. Quería sentir que le quemaba la piel. Llegó a lavarse el pelo, pero no se enjabonó.

Cuando terminó, fue al cuarto de sus padres. Su mamá se estaba limando las uñas. Rosario se trepó en la cama y se tiró boca abajo. Reptó hacia el cuerpo de su madre. La abrazó por detrás y le contó. Le sorprendió que no se horrorizara, que no llorara ella también. Rosario le pidió que por favor no les dijera nada a su papá ni a su hermano. Era cruel que la noticia se propagara por las líneas telefónicas de Buenos Aires como un chisme burdo. Bastante malo le parecía haberse enterado así.

Solange le había dicho que no llamara a Paola, que ella le iba a pasar el mensaje, pero igual Rosario quería mandarle un mail. Lo escribió varias veces en su cuaderno. Todas las versiones eran variantes de una misma oración. No llegó a armar un borrador decente. Sus palabras sonaban estúpidas e insuficientes.

Al día siguiente, Rosario se encontró con Melania en el patio de comidas del shopping. Era uno de los refugios frescos que visitaban durante la semana. Melania aún no sabía. Cuando Rosario le contó, Melania se agarró la cara, pero no lloró. No dijo nada de que Vanesa, que no solo no era del grupo sino que le caía especialmente mal, lo hubiera sabido antes.

Rosario se enteró de los detalles por Solange. El hecho había

ocurrido en la planta baja, en la escalera de servicio, más cerca de la calle que de su casa. A Rosario la tranquilizaba llegar a la puerta de su edificio de noche, pero no se terminaba de aflojar hasta que entraba en su departamento. Paola se había mudado momentáneamente a lo de Solange; su hermana, a lo de una tía. Rosario hubiera hecho lo mismo. No imaginaba que alguien pudiera dormir en ese edificio. Probablemente, nunca más fuera la casa de Paola el centro de reuniones de los sábados antes de salir. Por suerte, la madre se había quedado. Si todos abandonaban la casa, Paola no podría volver.

Unos días más tarde, Solange llamó a Rosario para invitarlas a ella y a Melania después de cenar a ver una película o quizás leer revistas en voz alta. Rosario y Melania se encontraron antes en el videoclub, pensaron que una película sería lo más práctico y seguro. No había estrenos interesantes que no hubieran visto. Melania insistía en llevar algo nuevo. A Rosario le parecía mejor volver a mirar una que supieran que era buena o una de esas en las que siempre frenaba en medio del zapping para ver de nuevo.

—¿Qué te gustaría ver si te hubieran violado? —preguntó Rosario. Melania se rio con un resoplido corto.

—Algo bobo —contestó.

Pararon en un kiosco. Melania compró cigarrillos; Rosario, un chocolate Shot.

Solange les bajó a abrir. En el ascensor, les contó que su hermana menor le había dejado la cama a Paola. También les informó que se la veía bien de ánimo y que, si durante el día no tenía que hacer trámites “de eso”, no hacían más que ir a pasear por alguna galería.

Paola las esperaba sentada en el sillón, tapada con una mantita a pesar de la humedad pegajosa.

Lo primero que Rosario vio fue el derrame en el ojo, una peca amarronada en la parte inferior del iris. Después, el moretón mutando a verde desde la ceja hasta el cachete. Cuando se levantó a saludar, vio sus rodillas lastimadas. Paola la descubrió espiando.

—Acá también —dijo.

Giró el brazo y les mostró las marcas en la muñeca.

—En la espalda tengo un golpe, pero lo que más me molesta son las frutillas estas —dijo tocándose las cáscaras de la rodilla.

Tenían esa capa blanca de pus que nunca se seca y se quita como un pegote. Rosario se había lastimado así solo una vez, en el Rosedal, se había raspado con el asfalto tratando de hacer un salto en patines.

Melania les mostró la película que habían elegido.

—La vi en el cine a principio de año. Me reí —la defendió. Paola no la conocía.

Se sentaron en la cocina mientras Solange sacaba los vasos y la Coca. Habían comprado una bolsita de pochoclos para microondas. Coincidieron en que salían más parecidos a los del cine que el maíz pisingallo en la cacerola, que siempre se terminaba quemando o directamente no explotaba.

Melania sacó un cigarrillo.

—¿Puedo? —le preguntó a Solange.

—Creo que sí. Mamá ya se metió en el cuarto. Ponete al lado de la ventana.

Melania corrió la silla. Prendió el cigarrillo. Lo ofreció. Solange le sacó una pitada y se lo devolvió. Melania aspiró profundo y trató de hacer anillos con el humo. No le salieron. Deshizo los óvalos deformes con la mano. Después preguntó:

—¿Cómo fue?

Solange volcó un poco de Coca Cola fuera del vaso. En la planta baja les había dicho que no preguntaran, que ella después les contaba. Rosario había entendido esa restricción y hasta le parecía cómoda.

Paola pitó del cigarrillo comunal antes de contestar. No se veía molesta.

—Temprano. A eso de las nueve.

A esa hora empezaba el turno de Rosario en la computadora.

El cigarrillo se quemaba lento entre los dedos de Paola. Les contó algunas cosas sueltas y desordenadas: el vecino que escuchó algo raro, un perro que no paraba de ladrar y rascar la puerta, la

hermana que había visto al hombre merodeando y no quiso entrar al edificio, que era verdad que un poco te salías de tu cuerpo, pero más era esperar que todo pasara.

Había sido en las escaleras de atrás, y no en el departamento. Rosario ya había escuchado esto de Solange, pero igual le daba tranquilidad aferrarse a ese dato. Pensó en la habitación compartida de Paola y su hermana, pensó en la suya, en el conejo de peluche tuerto que la miraba desde la biblioteca, ese que no sabía si donar o tirar. La sorprendía muchísimo que Paola pudiera hablar sin quebrarse. Cada vez que Rosario pensaba en eso, se ahogaba. Le daba culpa llorar; a ella no le había pasado nada.

Escuchaba a su amiga con la mirada fija en la peca del iris. Era casi como mirarla a los ojos. Paola había repetido muchas veces la historia: en el hospital, a varios médicos, en la comisaría, a un abogado, a su familia y, ahora, a ellas. Se notaba en su manera de contarla. Rosario se preguntó cuándo esa historia pasaría a ser un secreto. Si la seguía repitiendo, no iba a poder olvidarla. Ella les hubiera pedido a sus amigas que fueran discretas, que no dijeran nada, pero Paola no parecía sentir esa necesidad.

Le habían dado pastillas para el VIH y ansiolíticos. Le indicaron que en marzo tenía que sacarse sangre de nuevo para constatar que todo estuviera bien. Melania y Rosario pensaron —y lo comentaron después— que era una suerte que Paola no fuera virgen, como ellas.

Volvieron a la sala cuando se terminaron las preguntas y Paola se calló. Ya se habían comido la mitad de los pochoclos. Hicieron zapping y se quedaron un rato en MTV. Se les iba a hacer tarde si empezaban la película a esa hora. Rosario y Melania se volvían caminando.

Melania le dijo a Solange que les dejaba la película, pero que se encargara de ir al videoclub a devolverla. La cuenta era del novio de su mamá. Rosario se fue sin dejarle el chocolate a Paola. Le daba vergüenza. Se le había ablandado en el morral. Lo iba a dejar en la heladera de su casa y su hermano o su mamá lo comerían sin pedir permiso.

Al día siguiente, Melania le avisó a Rosario que lo de Paola

había salido en el diario hacía dos días. Rosario buscó entre las ediciones que su padre acumulaba en el baño y recién tiraba los domingos. Encontró la noticia en la primera sección. El recuadro era bastante reducido: *Violación en Palermo*. Las quince líneas no daban detalles. Quizás hablaran de otra chica. Palermo era un barrio grande.

Faltaban algunos días para Navidad y la temperatura no paraba de subir. Hacía más de veinte años que no tenían un diciembre tan caluroso. Ni Melania ni Rosario hablaban mucho con Paola. Hablaban sobre ella. Las nuevas informaciones se las pasaba Solange por chat. Más que nada, reportaba su estado de ánimo; lo pronosticaba como el clima. No les contaba si su ojo ya había absorbido el derrame o si las rodillas estaban mejor. Paola seguía hospedada en su casa. Solange estimó que después de Año Nuevo seguramente volvería a dormir a su departamento.

Rosario llamó a Paola para invitarla al cine. Las vacaciones alternadas y los destinos variados harían que después de las fiestas Rosario no la viera por casi un mes. Era miércoles y la entrada estaba barata, pero justo Paola ese día no podía. Le contó que había ido con Solange y su mamá a ver un documental sobre el derretimiento del Polo Norte, que había dormido toda la película. Quedaron para hacer alguna otra cosa indefinida antes de fin de año.

Al final, Rosario fue con Melania. La película la había recomendado su primo; supuestamente estaba basada en un cuento de Cortázar. Era una película rara, de una chica introvertida y solitaria que en sus vacaciones laborales conseguía un trabajo en una plataforma *offshore* cuidando de un hombre accidentado. Cuando se reveló que ella era una sobreviviente de la guerra de los Balcanes, que había sido secuestrada, violada y torturada, Melania y Rosario se miraron en la penumbra de la sala.

—¿Querés que nos vayamos? —susurró Rosario.

—No, se banca —dijo Melania.

El centro entero olía a carne podrida marinada en jugo de naranja. Hacía dos días que no se recogía la basura. Antes de

comentar la película, caminaron algunas cuadras esquivando las montañas de bolsas acumuladas en las esquinas. No sabían si les había gustado, pero coincidieron en que era una suerte que Paola no hubiera ido.

Melania se fue a pasar las fiestas con su familia afuera; Rosario no se animaba a ver a Paola a solas. Después de Navidad ya no importaría, pero esos días sin llamarla le dieron culpa. Tampoco es que estuviera viendo gente o saliendo mucho. El calor estaba imposible. Acompañó a su madre un par de veces a comprar los regalos. Algunas tardes salió sola. Fue al museo a ver un documental sobre un grupo de chicas africanas que eran casadas antes de los quince años. Volvió llorando desde Alcorta hasta la puerta de su casa. Tenía que dejar de ir al cine, o al menos pasar un tiempo con géneros más seguros. Quizás quedarse solo con las películas del cable o alguna que ya hubiera visto.

II

Después de Año Nuevo, Rosario viajó con su familia a Uruguay. A ella le tocó ir con su mamá y su abuela en barco. Ignacio, el amigo y su papá viajaron por tierra cargados con las reposeras, la sombrilla oxidada, las provisiones y las cajas de vino. Le habían alquilado una casa durante veinte días a una conocida de su mamá. Por suerte era grande. No tendría que compartir habitación con su abuela ni con Ignacio, como había ocurrido el verano anterior.

Ignacio llevó a Antonio, su nuevo mejor amigo de fútbol. Rosario lo había visto un par de veces, siempre de paso. Sus padres le habían ofrecido invitar una amiga a ella también. A la única que hubiera invitado era a Melania, pero ella se iba dos semanas a visitar a sus parientes de Estados Unidos. Paola se iba de vacaciones con la familia de Solange a la costa. En la playa, seguramente se encontrarían con gente del colegio y saldrían de noche. A Melania eso le daba un poco de envidia. No se lo había dicho, pero Rosario la conocía. No le gustaba perderse las salidas y tampoco quería pasar las vacaciones muerta de frío en la nieve con sus primos chiquitos que casi no hablaban español. Rosario prefería saber que

no se encontraría con nadie, a lo sumo con alguna compañera con la que pretenderían no verse en el supermercado. No le gustaba mucho la playa, pero tampoco se quejó. Ese verano le daba igual cualquier destino. Ignacio, en cambio, estaba feliz. Había sacado el registro hacía algunos meses; les había hecho prometer a sus padres que le prestarían el auto como mínimo cada dos noches. Unos pocos días al sol con mínima protección alcanzaban para que el pelo se le pusiera rubio y la piel de un dorado insoportable.

En la valija, Rosario guardó más libros que mallas. Eligió libros de más de quinientas páginas que, de otra forma, no hubiera leído nunca. Todas eran ediciones usadas que había conseguido en la avenida Corrientes. *Ana Karenina* tenía dentro bichitos mínimos de color gris. A su vuelta, tendría que tirarlo para que no contagiara al resto de la biblioteca.

A pedido de su papá, intentó ir a la playa los primeros días. Sus padres tenían una rutina de arena por la mañana y siesta por la tarde. No le costaba tanto levantarse, aunque sí le molestaba que le golpearan la puerta si es que finalmente había podido dormirse a eso de las seis o siete de la mañana. Hacía dos semanas que le costaba quedarse dormida. En su casa, no le molestaba tanto. Se quedaba chateando o jugando a *Los Sims* hasta que los pájaros empezaban a cantar. En Uruguay, leía o se sacaba los pelos encarnados con una pincita y una aguja.

El auto salía a las diez puntual y el que no estaba arriba a esa hora se quedaba. Su hermano se despertaba después del mediodía. Iba a la playa de tarde con Antonio en una combi. La casa estaba lejos del centro y de la costa, tampoco era un lugar que invitara a caminar. En las ciudades balnearias no hay nada que hacer más que ir a la playa cuando está lindo y caminar por el centro si llueve. A Rosario le gustaba el mar, pero abajo de la sombrilla nunca alcanzaba a juntar calor. Las veces que fue, se acurrucó entre el termo y el bolso de paja y trató de dormir con los pies hundidos en la arena. Compró unos Ray-Ban truchos con marco amarillo a un vendedor ambulante de la peatonal del centro. Disimulaban las ojeras. Tal vez lograran que su madre dejara de preguntarle si le

estaba por venir.

La única vez que intentó meterse al agua, la picaron las tapiocas. Su mamá le dijo que era una exagerada. Incluso si era verdad, las picaduras no ardían tanto a menos que fueran en las partes blandas. A los pocos días salió en el diario que la Costa Atlántica argentina estaba atestada y que, a menos que cambiara el viento, esta situación seguiría unos días más. No decía nada de Uruguay. Rosario imaginó a Paola y Solange con los cuerpos picados, muertas de calor sin poder bañarse.

Después de un par de intentos, Rosario desistió de ir a la playa. Nadie se opuso. No lo dijeron, pero a sus padres les convenía que se quedara y vigilara un poco a su abuela. A Mana no le gustaba la arena. Podía contar las veces que había ido con los dedos de la mano, decía. Y eso que había vivido tres años en el Caribe cuando su marido era agregado cultural. Hacía un año que Mana había empezado a mostrar signos leves y esporádicos de demencia. Todavía no había pasado nada grave, pero día por medio pedía que le llamaran un taxi para irse a Santa Fe. Comenzó con una confusión simpática que se corregía con un poco de paciencia en la explicación, aunque cada vez era más difícil hacerle entender que estaba en Uruguay y que hacía sesenta años que no vivía en Santa Fe.

La temporada había empezado con noticias de entraderas en las casas. Su papá se levantaba de la cama alrededor de las tres para ir al baño, tomar agua y controlar que ventanas y puertas estuvieran bien cerradas. Rosario lo escuchaba circular desde su habitación en el piso de arriba. A esa hora todavía estaba despierta, lejos del sueño. Si llegaba a dormirse de noche, tenía pesadillas. No soñaba con Paola, pero sabía que todos los sueños tenían que ver con lo mismo. A veces, ni siquiera aparecía ella, solo su cuadra a oscuras y perros salvajes. Una escena se repetía seguido: estaba desnuda en la otra punta de la ciudad y tenía que llegar a su casa sin que nadie la descubriera.

Una noche, vio a su papá desde la mesa del living. Rosario estaba a oscuras comiendo una ciruela mientras miraba cómo las

polillas se incendiaban en la lámpara de afuera. No dijo nada. Tuvo miedo de asustarlo como a los sonámbulos. Se quedó quieta y lo miró hacer los ruidos que había escuchado desde su habitación las noches anteriores. Medio dormido, pasaba los dedos por las ventanas y giraba las llaves un poco para cerciorarse. El resto de las noches, pudo unir los ruidos con sus acciones desde el cuarto. Funcionaba como una alarma: le avisaba que todavía faltaban tres horas para que saliera el sol. Tres horas más de lectura esforzada bajo el velador de 45 watts o de dormir agitada.

Según quién los visitara, las cenas terminaban entre las once y la una. Sus padres se entretenían con las historias de los varones. Antonio era bastante más sociable que Ignacio. Acostumbrados a las respuestas monosilábicas de él, sus padres habían encontrado en el amigo una puerta a su mundo. Además, la madre de Rosario estaba fascinada con lo lento que masticaba Antonio. Lo hacía repetir el plato todas las noches, un poco para estirar el show nocturno. A Rosario, Antonio no le parecía tan fascinante como a sus padres, pero reconocía que era un poco más inteligente y mucho más divertido que su hermano. Tenía a favor que usaba las mallas cortas y no esas ridículas que le gustaban a Ignacio. Por las mañanas, si coincidían en el desayuno, Antonio le enseñaba a Rosario a jugar a las cartas con los mazos marcados que les habían regalado en el casino. Jugaban mientras Ignacio dormía una hora más. Le enseñó el gin y también otra versión del solitario, una más difícil y frustrante que a Rosario le venía bien para pasar la noche.

Entre las historias que contaban, estaban la de la chica que tenía un pie tres talles más grande que el otro, la del amigo que con apenas un litro de cerveza dejaba de acordarse de lo que hacía y había que contárselo al día siguiente, la de cuando se robaron una botella de champagne en el boliche y la de cuando levantaron a alguien en la ruta que resultó ser más o menos famoso. Después de la cena, Rosario comenzaba en el sillón la maratón de lectura que terminaba en su habitación mientras veía cómo Ignacio y Antonio se preparaban para salir. Si su abuela decidía tomar té a su lado, se encerraba más temprano. Bastante tenía que conversarle durante las

mañanas.

A veces Rosario pedía que la dejaran en el centro cuando hacían las compras. Por lo general, se iba a un cyber. No había casi nadie conectado a esas horas. Al menos podía contar con los mails que Melania le escribía desde Estados Unidos. En uno le hablaba de la nieve, del frío y de cómo lo único que hacía era pasarse la tarde en algún *mall*. En otro hablaba de su primo Alfredo —al que llaman Alfred—, que era un poco autista y tocaba muy bien el piano. El problema era que siempre tocaba la misma sinfonía. *Me parece genial que Paola le haya contado a su novio*, decía en otro. El novio de Paola, que era apenas más grande, se acababa de ir a Colombia cuando ocurrió la violación. Paola no había querido llamarlo para decirle; no quería arruinarle las vacaciones. Él se había dado cuenta de que ella lo estaba esquivando y empezó a acusarla de estar viéndose con otro. Al final, le terminó contando por teléfono.

Solange podría haberla copiado en el mail que le había mandado a Melania con las novedades. Le dio un poco de celos que Melania se hubiera enterado antes. Solange y Melania eran menos amigas que Rosario y Solange. La ofensa se le pasó rápido. La verdad, prefería no saber. Cada nueva información era un pensamiento más que no podía sacarse de encima.

El primer día de sol radiante, después del trío medio nublado y ventoso, sus papás se fueron a la playa con los chicos. Antonio quería invitarlos a almorzar en uno de los paradores para agradecerles el viaje. Rosario se quedó con Mana en la casa. Como el calefón había comenzado a apagarse, además le tocaba atender al gasista. Estaba leyendo cuando, después de oír algo caer en la escalera, vio aparecer al pie el bolso de su abuela abierto. Algunas prendas se desparramaron por el piso. Rosario se paró a ver qué pasaba.

Maquillada a los apurones, Mana bajaba de perfil sosteniéndose con una mano de la baranda y con la otra de la pared.

—¿Llegó mi taxi?

—Mana, estamos en Uruguay. Andá a recostarte. Papá vuelve en un rato —le explicó Rosario.

Hasta entonces, los episodios habían sido momentos puntuales que su padre le comentaba a la tía de Rosario por teléfono casi como un chiste, confusiones de alguien de más de noventa años. El bolso era un elemento nuevo. Ya no eran solo palabras.

—Ayudame con la ropa.

Mana había llegado al final de la escalera. Rosario levantó la ropa del piso y la guardó. Quiso subir, pero su abuela se le colgó del bolso.

—Dame mis cosas, Raquel —dijo tironeando.

—Soy Rosario —la corrigió ella sin saber con quién la había confundido.

—Llegó mi taxi. Soltá.

Rosario la agarró de los hombros y la frenó con el cuerpo. Corrió a la puerta cuando se dio cuenta de que estaba forcejeando como hubiera hecho con un niño caprichoso. Cerró con llave. Su abuela intentó salir por la puerta que daba al jardín. Dio la vuelta al patio, que no tenía salida, y volvió a entrar más alterada, desconfiada del lugar. Recorrió la casa mientras insultaba a Rosario por tenerla encerrada. Cuando llegó el gasista, entre los dos lograron sentar a Mana en el sillón, que, cansada de empujar, se largó a llorar.

Rosario corrió al baño y vació el contenido del neceser de su abuela en la bacha. Entre los maquillajes con las marcas borroneadas, había algunos blísteres sueltos y una cajita con los compartimentos para poner los medicamentos de cada día. Solo quedaba una pastilla para esa fecha: beige y con una ranura en la mitad. Era bastante chica. Mana tomaba remedios para la presión y la artrosis. A veces, algo para dormir. Rosario leyó los nombres de los blísteres sin reconocer las drogas. Apenas podía distinguir entre un antibiótico y una aspirina. Le dio miedo equivocarse.

El gasista la llamaba desde abajo. *Nena, vení*, le gritaba. Rosario metió todo en el bolso y bajó. Mana seguía llorando, pero ya sin tanta angustia. El gasista la tenía de los hombros.

—Va a estar todo bien, abuela —le decía él a Mana—. Mañana la llevamos a Santa Fe.

Los padres de Rosario llegaron media hora más tarde. El papá

subió a Mana al auto. Manejó hasta que se quedó dormida. Después, volvió a la casa y estacionó. Abrió las ventanas y se sentó en los escalones de la entrada a esperarla. Antonio había comprado facturas. Las comieron todos juntos en silencio mientras miraban el auto. Ignacio y su mamá hicieron chistes sobre la situación. A Rosario le parecía injusto. Podían darse el lujo de reírse porque no habían estado. Mana tardó en despertar. Habían logrado que tragara la pastilla. Salió del auto al atardecer, como si hubiera llegado adonde quería ir. O no se acordaba del episodio o prefería no hacerlo. A esa edad daba igual.

—A mamá le gustaría que fueras su hijo —le dijo Rosario a Antonio en el medio de una cena.

Su mamá se había enganchado en una seguidilla de elogios. Estaba fascinada porque Antonio no tenía drama con la comida y se ofrecía voluntariamente a levantar la mesa. A Rosario le daba un poco de vergüenza que dijera esas cosas; además, incomodaba a Antonio.

—Pero me tocaron ustedes —se la retrucó ella.

Cuando terminó la cena, Rosario se recostó en el sillón. Antonio se había dejado el libro que Rosario le había prestado en la mesa ratona. Lo abrió. El señalador seguía en el mismo lugar de siempre. Le había dado el más corto que tenía para que pudiera terminarlo en los días que les quedaban. Doscientas páginas era un número razonable para leer en esos días finales de playa, pero no a esa velocidad.

—Si me sacás el libro, nunca vas a encontrar tu toalla —le dijo Antonio antes de desaparecer en la escalera.

Todos los días se escondían pequeños objetos que sabían que el otro estaba buscando. Era un juego silencioso: la billetera de él debajo de uno de los almohadones del sillón, las ojotas de ella abrochadas a la soga de la ropa en el jardín, el discman de él en la chimenea que no se prendía y el reloj de ella junto a los huevos en la heladera. Parte del juego era no decirse nada y tratar de no reírse cuando el otro recorría la casa obsesionado en busca de sus cosas.

Para no tener que explicar por qué, si se había pasado más de

quince días en el mar, estaba igual de blanca que cuando se fue, Rosario empezó a dormir la siesta al lado de la parrilla. Tomaba sol con una crema de factor bastante bajo para levantar color sin pelarse.

—Qué espástica —le dijo Antonio una tarde en la que la vio darse golpes torpes para intentar llegar al centro de la espalda.

—Es lo que hay —dijo Rosario.

—Pasame —dijo Antonio.

—No hace falta.

Se colocó detrás de ella.

—Si te quemás mal, van a pensar que sos tarada.

Rosario le dio el protector. Solo necesitaba un poco de crema para la parte que le había quedado sin proteger. Antonio sacudió el pote. Hizo presión con la mano para que Rosario se inclinara un poco. Con la crema le dibujó una A en la espalda.

—Me pusiste mucho —se quejó Rosario.

—Se absorbe en un toque.

Antonio borró la letra con la mano y desparramó la crema. Era demasiada. La parte superior de la espalda de Rosario quedó completamente blanca. Con ambas manos, extendió la crema hacia la cintura. A Rosario le dio un poco de bochorno que le tocara el flotador, pero rápidamente Antonio subió las manos a sus brazos.

—Ya está —dijo.

Rosario se miró por encima del hombro. Tenía la piel cubierta por una capa gruesa y visible de crema. Se dio vuelta. Las palmas de Antonio también estaban blancas.

—Ahora no te vas a quemar. De nada.

—¡Quiero quemarme!

Ignacio llamó a su amigo desde adentro de la casa. Antonio hizo un gesto rápido con los hombros y se pasó las manos por la cara. La crema se le adhirió despareja, como un payaso mal pintado.

—Listo para la playa —dijo y entró a la casa.

Rosario lo vio agarrar su mochila, las llaves del auto y limpiarse la cara con la remera. Confundida, se acostó boca abajo a esperar que se le absorbiera la crema de la espalda.

Unos días antes de volver, Rosario escuchó a su abuela llorando en el cuarto. No fue necesario que le dijera que no había llegado al baño. La habitación olía a vergüenza. Alcanzó a detener a sus padres antes de que partieran a la playa. Su madre le pidió ayuda para llevar a la abuela al baño. No le pidió que la asistiera, pero sí que fuera a buscar una bolsa para la ropa interior y que se fijara si había que limpiar el piso de la habitación. Rosario se asomó al cuarto. No vio nada en el piso ni en las sábanas. Abrió la ventana para que se ventilara.

Durante el almuerzo se habló de terminar antes las vacaciones. Ignacio y su madre no querían. No tenía sentido cambiar esa cantidad de pasajes tan cerca de la fecha. Al final se decidió que el papá de Rosario viajara con la abuela en el barco y volviera a levantar la casa y pasar con ellos el último fin de semana.

Rosario fue la encargada de armarle el bolso a su abuela. Entre las blusas, encontró una estampita de san Cayetano, billetes de cien pesos agrupados con una banda elástica y una libreta de tapas blandas cerrada con una cinta. Le daba curiosidad, también pudor. Estaba mal que las madres leyeran los diarios íntimos de sus hijas, pero quizás las hijas podían leer los de sus madres. De todas formas, Rosario no entendería la caligrafía. En sus cumpleaños, le tenía que pedir a Mana que le leyera la tarjetita que acompañaba el billete de cincuenta pesos. Mana tenía una letra llena de firuletes y vueltas, herencia de todos esos años de maestra.

Deslizó el elástico de la libreta y la abrió. No esperaba encontrarse con ese contenido. Recortes de revistas y diarios: fotos de hombres que supuso famosos, pero que no conocía. Algunas hojas tenían pequeñas cabezas con anotaciones y la fecha. Había partes del cuerpo sueltas. Otras eran torsos de atletas. Rosario hizo una pasada rápida. Se acordó de los herbarios que armaba en el primario. En general, los recortes eran bastante viejos, de revistas en blanco y negro. Tendrían veinte, treinta años. El paso del tiempo era visible en la evolución de las hojas. Rosario no reconoció a nadie, tampoco vio a su abuelo. Encontró un par de desnudos. Había uno de una estatua de mármol que le pareció haber estudiado

alguna vez. No había tantos, pero ahí estaban: pubis peludos y cortes de cintura. Al final, quedaban algunas hojas cuadriculadas libres.

Cuando terminó de mirar, metió la libreta en uno de los bolsillos internos del bolso de su abuela. Debía acordarse, cuando Mana muriera, de rescatar la libreta de los ojos de su papá y su tía. Esa vez no la abriría, ni siquiera para ver si había llegado a completarla.

Siguió vaciando el placar. La sorprendió el color oscuro de casi toda la ropa y no haber encontrado nada adecuado para ir a la playa. Todos los días le habían preguntado a la abuela si quería ir, pero Rosario no estaba segura de que con esa ropa hubiera podido.

Al principio, pensó que se le había perdido el cepillo de dientes, porque no lo encontraba; después se dio cuenta de que posiblemente su abuela no lo hubiera llevado. Quizás se había estado lavando los dientes —si es que lo hacía— con el cepillo de Ignacio o Antonio. Rosario guardaba el suyo en su cuarto. A la noche, comentó en la mesa que la había visto cepillándose con uno de mango rojo, porque sabía que ese era el de Ignacio. Su hermano puso cara de asco y Antonio se empezó a reír.

Su papá y la abuela se fueron después de cenar. Rosario no quiso acompañar a su mamá en el auto. Se hubiera quedado en la casa alquilada hasta el inicio de clases.

III

El viernes, Ignacio hizo un asado para sus amigos. La madre insistió para que la invitaran a Rosario, como había insistido durante todas las vacaciones para que la llevaran a sus programas y la hicieran salir. Tanto Rosario como Ignacio entendían que las vacaciones no eran momento para romper el código distante que mantenían durante todo el año.

Su mamá salió a comer con una conocida. Rosario se calentó sobras del mediodía y se acostó a leer en el sillón mientras por el rabillo del ojo observaba a los amigos de su hermano atravesar la casa para ir al jardín. Trató de unir las caras con las historias. La mayoría la pasó de largo, sin siquiera saludar. Después de un

tiempo, Rosario subió a su habitación.

El humo de la carne llegó desde la parrilla hasta la ventana del cuarto y a Rosario le dio hambre. Al rato, fue a la cocina a revisar las alacenas, pero no encontró nada. Habían entrado en tiempo de descuento. Su madre ya se lo había advertido. Esos días eran de comerse todo lo que quedaba en la heladera. Se cruzó a Antonio. Él le ofreció traerle algo de la parrilla para comer. El asado era solo carne cortada en pedacitos sobre una tabla. Rosario dijo que no y se arrepintió al instante. Él insistió y ella volvió a negarse. Tenía esa costumbre. Una tercera vez y hubiera aceptado, pero no sucedió. Rosario agarró una ciruela grande y se metió una lata de cerveza debajo de la remera para llevarse arriba.

La habitación de Rosario daba al jardín. Trató de leer, pero no podía concentrarse. La enojaron la música tan alta y las voces ruidosas. Apagó la luz y acercó la cama a la ventana. Se acomodó a una distancia prudente. No quería que la vieran y así convertirse automáticamente en la hermana extraña. Como el hermano de Solange, tres años mayor que ellas, fanático del manga, que cada vez que iban a la casa se escondía en su habitación para no verlas. Después les mandaba letras de canciones por chat. A Rosario no le había pasado, pero a Melania sí.

La ciruela le chorreó sobre la remera y las manos. Amarilla en el centro, se iba oscureciendo hacia la cáscara. Rosario la lamió como un helado. Se limpió con la sábana. Total ya se iban. Cuando terminó, apoyó el carozo sobre el marco de la ventana. Después jugó a tirarlo del otro lado del jardín sin que nadie se diera cuenta. El cerco vivo le cortó la trayectoria. Se quedó esperando las reacciones de los de abajo, con un poco de miedo, pero con ganas de que alguien la mirara.

Escuchó a su madre estacionar en el frente de la casa y supo que la vería aparecer en el jardín. No podía resistirse a saludar. Ignacio la interceptó en la puerta corrediza. Desde arriba se veía como un partido de básquet: Ignacio estirando los brazos hacia los costados para que su mamá no avanzara sobre el jardín y se pusiera a hablar con todos. Ganó Ignacio. La mamá de Rosario se metió en su

habitación, que quedaba en la planta baja.

En el jardín, Ignacio y sus amigos se pegaron papelitos en la frente con saliva y jugaron a adivinar los personajes. Rosario no escuchaba las preguntas ni lo que hablaban, apenas un murmullo alto cortado por risas explosivas. Les asignó famosos a cada uno según su parecido físico o lo que consideraba que podía llegar a ser su personalidad. Después se aburrió. Leyó un poco más. Cuando se dio cuenta de que habían pasado diez páginas y no se acordaba de qué había ocurrido, intentó irse a dormir. Dio vueltas. Puso la pastilla de los mosquitos. Hizo todos los rituales que había inventado a lo largo del verano para invocar la somnolencia. Sueño y cansancio se habían disociado completamente. Rosario no podía creer que algo tan natural se hubiera convertido en una acción tan difícil. Pero si pensaba en eso, sobre todo si se enojaba, se le hacía imposible. Irse a dormir se había tornado un suplicio; quedarse dormida, una cuestión de suerte.

Bajó a buscar las cartas. Cruzó miradas a la distancia con Ignacio, que rápidamente se concentró en otra cosa. Sobre su cama, Rosario intentó varias partidas y modalidades de solitario. Las perdió todas. En algunas hizo trampa controlada. Se permitía un solo movimiento no oficial. Era casi como ganar bien. Volvió a la ventana cuando escuchó a su madre llamar a Ignacio desde el borde de su habitación primero, y desde el living después. Ignacio bajó un poco el volumen de la música; al rato la volvieron a subir. El plan original era que después del asado se fueran a bailar, pero la reunión no parecía querer moverse hacia otro lugar.

Rosario bajó otra vez a la cocina. Casi como un juego, se movió sigilosa en las sombras. Abrió la heladera con cuidado; buscó otra lata de cerveza. Solo quedaba una. Dudó. La agarró y se la guardó en el short del piyama otra vez. El elástico apenas la sostenía. Se dio vuelta cuando entraba Antonio.

—¿Qué tenés abajo de la remera? —le preguntó. Tenía los ojos entrecerrados y la sonrisa floja.

—Nada —contestó Rosario.

—Te estás choreando una cerveza.

—No. Nada que ver.

—Cada birra de esas sale como setenta uruguayos.

—No sé de qué hablás.

Rosario enfiló para la escalera. Antonio la agarró del brazo:

—Solo quiero saber si tengo razón.

Ella se levantó apenas la remera. Media latita transpirada asomaba en su panza.

—No le digas a Ignacio.

—Si esa es la última birra, la tenés que compartir.

Rosario sonrió y caminó despacio para atrás. Antonio abrió la heladera. No quedaba cerveza, solo gaseosa y una botella de aperitivo ya preparado.

—La tenés que compartir —dijo él.

Ella desenganchó la latita y se la ofreció.

—Te la devuelvo. No sabía que era la última. *Sorry* —dijo.

Antonio la recibió.

—Compartámosla —propuso.

Abrió la lata. Tomó un sorbo largo. Se la dio a Rosario. Ella la limpió con el dedo antes de tomar. Era una costumbre que le había quedado del colegio, donde de una misma latita podía llegar a tomar toda la clase.

—¿No van a salir? —preguntó Rosario.

—Era la idea, pero nadie está en condiciones de manejar. ¿Vos? ¿Qué planes?

La pregunta era absurda. Rosario apenas había salido de día, casi no había ido a la playa y nunca había salido después de las siete. Antonio lo sabía. Se señaló el piyama manchado sobre el pecho con el jugo de la ciruela.

—Le dije a Nacho que te invite alguna noche.

Antonio arrastraba las palabras. Se acercaba a Rosario cada vez más, como si dudara de la capacidad de su voz para trasladarse por el aire.

—Le dije que eras copada.

Antonio estiró la mano y le tocó el pelo que descansaba sobre la clavícula. Lo frotó como hacía ella cuando quería constatar que se

hubiera enjuagado el shampoo.

—Le dije que quizás te hacía bien.

Rosario se llevó la latita a la boca. Se tomó el fondo. Dejó la lata en esa posición más de lo necesario. Era lo único que sostenía la distancia entre los dos.

—Así te olvidás un poco. —Hizo una pausa y agregó—: De lo que te pasó.

Antonio le quitó la lata.

—¿De lo que me pasó? —preguntó Rosario en voz baja.

—Ignacio me contó un poco, de por qué no vas a la playa ni salís.

Antonio apoyó la latita en la mesada sin mirar. Intentó besarla y Rosario corrió apenas la cara. Los labios de él aterrizaron en la comisura de los de ella.

Tardó un poco en darse cuenta de que Antonio no sabía toda la historia. Quizás hasta pensaba que le había pasado a ella. Repasó todas las interacciones, los juegos de cartas, las veces que había ganado, las que había perdido, la protección blanca en la espalda, el verano sin dormir. Todo visto a través de unos lentes de plástico con vidrio opaco. El chisme en las líneas telefónicas de Buenos Aires, su familia cuchicheando frente a un plato de rabas, opinando sin saber, hablando de ella y su amiga, contándole a quien quisiera escuchar.

Rosario sintió la boca de Antonio acomodarse mejor sobre sus labios, la lengua empujando para entrar. Corrió la cara hacia el costado. Antonio se alejó unos centímetros:

—¿Estuve mal? Perdón.

Sus palabras sonaban altas. Rosario trató de identificar la cualidad: una falsa preocupación, un perdón que no lo era tanto. ¿Toda esa atención era lástima? Rosario no se movió. Abrió un poco la boca; dejó los brazos quietos al lado del cuerpo. Sentía el latido de su corazón en las venas de las muñecas.

Agachó la cabeza y metió la mano dentro del pantalón de Antonio, bajo el elástico del calzoncillo. Le apoyó los dedos fríos por la latita en la panza. Tocó los pelos rizados y se quedó ahí. Los

ruidos del patio llegaban sofocados: una cumbia de hacía diez años debajo de voces excitadas. Rosario levantó la vista, inclinó la cabeza para atrás, solo un poco. Buscaba la luz del jardín. Antonio respiraba corto, con los labios despegados y los pulmones a medio llenar. El instinto de hermana menor la hizo escuchar el trastabillar de Ignacio hacia la cocina un segundo antes de que sucediera. Rosario empujó a Antonio y se secó el cachete con el dorso de la mano. Se la pasó por la frente como si se secara el sudor, pero en realidad se estaba secando los ojos.

—¿Todo bien? —le preguntó Antonio a su amigo con la voz temblorosa.

"Baño" fue lo único que Ignacio alcanzó a decir antes de vomitar el piso de cerámica y los cajones. Se despachó con tres arcadas llenas. El charco marrón que se formó a sus pies —y un poco sobre ellos— tenía parches de espuma de fernet. Antonio se quedó mirando el vómito sin saber bien qué hacer. Ignacio se irguió y se limpió la boca con la remera. Sonreía, como si se hubiera tirado un eructo inocente. Recorrió con la vista la cocina, a la altura de la mesada, sin mirar el vómito. Tomó el repasador, pero Rosario logró frenarlo antes de que lo tirara al piso.

—No seas bestia —dijo ella y se lo arrancó de las manos.

—Limpialo vos —balbuceó Ignacio.

—Ni en pedo.

—Dale, ayudame —pidió él con tono lastimero.

Rosario fue al lavadero y volvió con un trapo de piso. Se lo lanzó a su hermano desde la puerta. Ignacio no logró atajarlo. El trapo cayó sobre el vómito y se empapó al instante de líquido oscuro.

Ella salió de la cocina y subió. Pasó por el baño a lavarse los pies. Creía haber sentido algunas gotas caerle en los empeines. Se cambió el piyama transpirado por el camisón que había buceado en la pila de ropa usada. Al día siguiente tendría que lidiar con esa parva, así no le iba a entrar en el bolso. Se acostó en la cama. Estaba agitada. No se animaba a mirar por la ventana. Abajo estaban hablando a los gritos y la música sonaba demasiado alto.

Era cuestión de tiempo para que la fiesta terminara como terminaban todas las fiestas de su hermano: con amenazas vacías de su madre en bata.

Pasaron no más de veinte minutos hasta que su mamá empezó con los "Ignacio" *in crescendo*. Rosario pudo seguir desde la cama la secuencia de los gritos, los autos arrancados a los apurones y la limpieza improvisada.

No intentó dormirse. Sabía que no iba a poder, esta vez no por miedo a las pesadillas. Escuchó a Ignacio a través de la puerta, los tumbos en la escalera y los intentos de Antonio por callarlo. Los seguía como había seguido otras noches a su papá. Después, escuchó un par de portazos y el agua que corría en el baño. Los ruidos se aplacaron de a poco.

Rosario repasó acelerada la escena de la cocina, las vacaciones enteras, el comportamiento de todos. Imaginó a su familia hablando a sus espaldas. Le había pedido especialmente a su mamá que no dijera nada. Y ahora se sentía manoseada. Pensó en el novio de Paola, en el mail que no le había escrito Solange, en los ladridos de un perro vecino, las tapiocas en el agua, el derrame en el ojo y el cigarrillo que compartían todas. Sentía calor y una vergüenza extraña. Se paró. Dio vueltas por el cuarto. Le hubiera gustado tener un pucho para ella sola, para fumarlo mirando las botellas de cerveza en la mesa de plástico, para hacer aros de humo lila.

Hizo la cama por primera vez en ese verano. La sábana estaba tan arrugada que parecía de mármol. Se tiró encima. La luz de los faroles exteriores fundida con la de la luna la hacía sentirse la protagonista de un videoclip. Bailó horizontalmente mientras tarareaba por fonética la letra de una canción vieja. El *spot* sobre ella. El rechinar de la puerta del baño la hizo detenerse. Prendió el velador y metió el cuerpo debajo de la sábana. Tomó uno de los libros de la mesa de luz. Lo abrió por la mitad y lo apoyó sobre su pecho. Se quedó quieta. La respiración le molestaba; interfería con la escucha.

Primero, la cadena del inodoro. Después, pasos livianos, pies húmedos generando un ruido bajito de sopapa a lo largo del pasillo.

Delante de su puerta. Siguiendo de largo. Silencio. Y retroceso. Las sopapas clavadas afuera. Rosario levantó el libro a la altura de sus ojos. Miró las letras, parecían caminar.

Podía sentir el aire suspendido en los pulmones, una nube de gas que de a poco se volvía tóxica. Sonó un rasguido suave en la madera de la puerta. Si no hubiera estado tan pendiente, no lo habría escuchado.

—Pasá —dijo Rosario con un tono extraño que no le gustó.

La voz le había salido ronca. El picaporte bajó lento y la puerta se despegó del marco. De la sombra emergió la cara de Antonio. Aparecieron su nariz con montaña, la barba rala y pinchuda. Rosario apoyó el libro en su falda.

—Cerrá bien —le indicó.

Antonio tenía puesto un short de fútbol con rayas blancas al costado y una musculosa del Hard Rock Miami cavada en el cuello y las axilas. Era la misma ropa con la que lo había visto todas las mañanas. Oscilaba su peso con suavidad entre las piernas.

—Te quería pedir perdón —le dijo sin terminar de mirarla—. Por lo de abajo.

Rosario se estiró hacia un costado y apagó la luz. En la nueva oscuridad no podía distinguir bien la cara de Antonio. La sombra de la ventana le cortaba el cuerpo en diagonal. Estaba segura de que Antonio la miraba sin pestañear.

—Me estaba por ir a dormir —dijo Rosario mientras devolvía el libro a su lugar y se acostaba completamente.

Antonio avanzó hacia ella. Se paró tan cerca que sus rodillas tocaban la madera de la punta de la cama. Rosario se giró hacia la ventana.

—Te dejo dormir —dijo él.

—Como quieras —contestó Rosario.

Antonio se sentó en el borde dándole la espalda. Respiraba más fuerte que Rosario. Con la mano buscó el pie de ella. Empezó a apretarlo a través de la sábana. Era un masaje torpe, si es que podía llamarlo de esa manera. Rosario estiró la pierna y él alcanzó a ponerse el pie sobre la falda. Lo sobaba con las dos manos. Ella no

estaba segura de si le gustaba que le apretaran el pie así. Nunca nadie —ni ella misma— se había tocado el pie con tanto entusiasmo. Antonio se paró un poco y se impulsó para sentarse más atrás. Recorrió con la mano la pierna de Rosario, que volvió a ponerse boca arriba. Ella separó un poco las piernas y Antonio trepó por sus muslos con la mano transpirada pegándose a la sábana. Con dos de sus dedos comenzó a buscar. Dos capas de tela separaban a Rosario de la mano de él. Antonio se acostó a su lado. Puso la mano de Rosario sobre su short. Una sola capa de poliéster entre su mano y la erección. Ella había tocado pijas paradas a través de jeans en boliches, pero nunca había estado tan cerca. Descubrió la ranura del short a la altura de la bragueta y con el dedo índice acarició la piel suave que asomaba. Ambos giraron para mirarse de frente.

Rosario recordó las indicaciones que Paola les había dado una vez en su casa. Trató de acordarse de los dedos de Paola moviéndose en el aire. El secreto, decía, radicaba en la oscilación escalonada. Esa tarde todas practicaron con las manos elevadas lo que terminó convirtiéndose en el saludo oficial del grupo, y Melania se ganó el apodo de Meonia cuando no pudo contenerse en el medio de la risa.

Rosario metió su mano por la abertura de la pierna del short e intentó hacerle una paja. Tuvo miedo de estar haciéndolo mal. Tal vez estaba apretando demasiado. De pronto, soltó, un poco para ver qué hacía él.

Antonio se acostó encima de ella. Rosario sintió la pija firme contra su panza. Él la besó con ansiedad y torpeza. Rosario sintió el sabor a menta de la pasta de dientes mezclado con el del cigarrillo. No le gustaba tanto cómo besaba Antonio; usaba mucho la lengua. La metía muy profundo. No dejaba de moverla. Rosario intentó empujarla desde adentro, pero él se movía por la boca generando tanta saliva que a ella le costaba tragar.

Comenzó a bajarse la bombacha de a poco, trataba de maniobrar mientras sostenía el pecho de Antonio con el antebrazo para que no la aplastara. Cuando él se dio cuenta, le sacó la bombacha del todo y la tiró al piso. Rosario intentó bajarle el short, pero Antonio la

frenó.

—No tengo forros —dijo él.

—Igual no vamos a coger —dijo Rosario.

Volvió a intentar bajar el short. Esta vez, Antonio se dejó. Le quedó enganchado a la altura de los tobillos. Rosario abrió más sus piernas y tomó la pija de Antonio con la mano. La apretó y la frotó contra ella. Antonio decía palabras a medias que Rosario no llegaba a entender. Ella corría un poco la cabeza para el costado cada vez que él le pasaba la lengua por la oreja. Le daba un poco de asco la lengua tan mojada en su oído.

El frote evolucionó en la punta entrando. La sensación de incomodidad de tenerlo adentro fue inmediata, una molestia extraña, difícil de localizar, como cuando Rosario se metía el dedo en el ombligo y apretaba. No era peor que ir al dentista o golpearse el dedo meñique del pie. Era cuestión de esperar que pasara. Cuando Antonio entró completamente, ella sacó la mano. Entonces, él se salió.

—No, perdón. Cualquiera —se excusó.

Rosario lo agarró de la cadera. Lo trajo hacia ella.

—Un poco más —dijo y empezó a pajearlo con la mano.

Envolvió a Antonio con las piernas y se lo pegó. Antonio se sacó la mano de Rosario de encima. Ella trató de tocarlo con la otra y Antonio hizo lo mismo. Volvió a insistir. Esta vez Antonio la agarró de las muñecas y las sostuvo contra el colchón.

—No podemos —dijo él.

—Dale.

Rosario hizo fuerza con las piernas, Antonio se la devolvió en el antebrazo.

—Basta —dijo él—. Portate bien.

—Un poquito más y paramos —pidió Rosario.

Antonio le apretó las muñecas más fuerte.

—Así no.

Rosario dejó de hacer fuerza y cambió el tono:

—Me gustás mucho —dijo.

Antonio aflojó la tensión de a poco. Ella soltó una de sus manos,

la giró para aflojarla y con cuidado la volvió a bajar. Se besaron. Antonio se dejó tocar. Rosario acercó su cadera; él se alejó.

—Cogeme —pidió Rosario.

—Pajeame —contestó él.

Rosario lo tiró hacia ella. Antonio la volvió a agarrar de la muñeca, esta vez clavándole el pulgar con saña. Rosario lo toreó:

—Dale, cagón.

Antonio ajustó la presión. La apretó entre sus muslos y acercó la cara hacia ella. Rosario trató de arañarlo, pero no llegó. Antonio le agarró la mano en el aire y la apretó contra el colchón, torciéndola para que doliera.

Se miraban de cerca, iluminados de un lado por la luz externa. Rosario estaba tratando de no llorar. No sabía si le brillaban los ojos, pero esta vez no quería dejar escapar la lágrima.

—¿Y? —preguntó ella en un susurro desafiante—. ¿Sos cagón o pelotudo?

Podía sentir el aire caliente que salía de las narinas de Antonio golpeando en su cara. Intentó zafarse de nuevo. Antonio usó sus pies para trabarle las piernas. Con los labios tensos, le dijo que la cortara. Ella juntó saliva detrás de sus dientes y lo escupió. A él solo le cayó un poco de baba en el ojo; el resto mojó la pera de Rosario.

Antonio la soltó y se limpió el cachete. Golpeó a Rosario con la rodilla al intentar salirse de encima. Se bajó de la cama, se subió el short y se acomodó la remera. Salió en silencio. La habitación tajada por su silueta.

Rosario se limpió la cara con la sábana. Levantó la bombacha del piso y la usó para secarse la entrepierna. La inspeccionó en la luz de la ventana: dos gotitas oscuras en el medio de una circunferencia húmeda. La apoyó sobre los libros y se acostó boca abajo. No tardó en quedarse dormida.

Su papá le tocó la puerta para que fueran una última vez a la playa. Había llegado hacía dos horas, en el primer barco. Estaba ojeroso, pero contento, con la ilusión de que ese chapuzón final lo hiciera olvidarse de los días anteriores en los que había lidiado con la abuela. Dijo que la sensación era la de darle play a una película

después de la pausa para ir al baño. A Rosario le dio pena que solo le quedara ese día.

El mar estaba planchado: apenas unas ondas que no llegaban a conformar olas. Los surfers esperaban sentados en sus tablas, braceando cada tanto. Rosario se puso al sol para juntar calor. Meterse al mar el último día equivalía a haberlo hecho todos los otros. Al menos tendría este recuerdo para refrescarse cuando volviera a la ciudad. Sus padres la invitaron a meterse con ellos, pero prefería ir sola. Ellos entraban muy lento; a Rosario le gustaba correr y encontrar rápido una ola para meterse debajo. Recién se levantó de la reposera cuando volvieron.

El mar siempre le parecía frío, independientemente de la temperatura de afuera. Recién cuando se mojó la cabeza empezó a disfrutar. Se frotó las muñecas, le dolían. Nadó un poco, intentó hacer la plancha. A su alrededor, tres señoras hablaban agarradas a una tabla de barrenar. La gente se metía de a parejas. Los que entraban solos no se quedaban; iban por el chapuzón. Extrañó a Melania. Si la hubiera invitado, tal vez el verano habría sido diferente. Con Paola y Solange nunca había coincidido en la playa. Pensó que quizás el año siguiente podían alquilar un departamento juntas o mangueárselo a la tía de Solange. Salió un rato después de que los dientes le empezaran a castañetear. Se hubiera quedado más tiempo en el agua, parada, escuchando pedazos de conversaciones ajenas, desenterrando caracoles con los dedos de los pies y tirándolos lejos.

Almorzaron en el parador antes de volver. La mamá de Rosario estaba demorando la vuelta a propósito. Le daba tiempo a Ignacio para limpiar la cocina y el jardín antes de que ellos llegaran. Rosario había escuchado a su mamá contarle a su papá de la noche anterior. No lo contaba con disgusto, en algún punto le divertía. Era, para Rosario, una especie de show obligado de madre. Antes de irse a la playa, su mamá los había levantado a Ignacio y Antonio con instrucciones precisas de todo lo que pretendía que hicieran. Les había dejado los implementos de limpieza a la vista para que no pensaran que con barrer alcanzaba.

A ella y a Rosario les tocaba volver en el barco esa noche, mientras que a los varones recién a la mañana siguiente después de cerrar la casa. Rosario no se había cruzado a Antonio durante el desayuno. Estaba segura de que tenía tan pocas ganas de verla como ella a él, pero era su casa y ella no se iba a encerrar en el cuarto. Había decidido no dirigirle la palabra, y hasta había practicado su cara de desprecio en caso de que él quisiera decirle algo.

Por la tarde, Rosario extendió la toalla al lado de la parrilla. Entre los pastos había colillas de cigarrillos y alguna tapita de cerveza que tuvo que correr después de que la pinchara. Antonio e Ignacio daban vueltas por la casa intentando descifrar qué producto debían echar en el balde. Rosario decidió no ponerse protección solar para esa última siesta. Ya no importaba si se quemaba parejo.

Se durmió pensando en cuál sería la forma del sueño en su casa. ¿Se acomodaría solo o tendría que inventar otros rituales? Quizás ver televisión hasta tarde o colgarse en la computadora. No sabía si quería volver o no; le gustaba no tener que tomar la decisión.

La despertó una sombra. Ignacio le tapaba el sol. Masticaba el final de una ciruela con la boca medio abierta.

—Correte —le exigió Rosario.

Intentó patearlo para que se moviera; no lo alcanzó.

—Si te metés con mis amigos, yo me voy a meter con tus amigas —dijo y le escupió el carozo encima.

Le cayó en la cadera, sobre la bikini. Apenas la tocó, Rosario lo barrió con el dorso de la mano.

—La ciruela no sale, imbécil —le gritó.

Ignacio se corrió y el sol le pegó de lleno a Rosario en los ojos. Se quedó dura en la toalla con la panza llena de ira. Ya no pudo volver a dormirse.

El resto de la tarde lo pasó encerrada en el cuarto. Hizo el bolso, guardó los libros y sacó las sábanas. Su papá la interrumpió para ir al supermercado. Quería comprar mostaza picante y el apresto especial para planchar camisas que no se conseguía en Buenos Aires. Rosario aprovechó para ir al cyber una vez más. Necesitaba

salir de la casa. En su casilla, la esperaba una cadena de sus amigas empezada por Melania. Había vuelto y estaba desesperada por juntarse. Les había traído regalos. Paola y Solange contaban de un grupo de chicos de Bahía Blanca que habían conocido los últimos días. Rosario no contestó. Cerró el navegador. Pagó la fracción de hora y se sentó en la vereda a esperar a su papá. Sacó el libro de la mochila. Lo abrió en la hoja señalada. Se cansó en el primer párrafo y lo cerró. No le había escrito a Paola en todas las vacaciones. Seguía sin saber qué decirle.

Sol que es estrella

El pie dejó de sangrar. Late, pero cuando lo muevo puedo sentir la costra acompañando torpe la flexión. El clavo entró hasta tocar el hueso. Sentí dolores peores; me angustié por males menos graves. Levanto los jirones de remera enrollada para espiar la lastimadura. No parece infectada. Va a tardar en curarse, al menos unas semanas. Siempre y cuando lo mantenga en alto, siempre y cuando queden días, y semanas.

La mujer se fue. El chico ya no está. No me sorprende. Los busco a mi alrededor, por hacer algo. No escuché el estruendo. Quizás llegaron a alguna parte. No sé hace cuántas horas duermo. Llamo día a los ojos abiertos, noche a los sueños pesados. El galpón es siempre igual. Hoy no le hubiera gritado a ella que lo callara, tampoco los hubiera amenazado. Ya no importa. Tengo el remordimiento de alguien medicado.

No me arrepiento del golpe, sí de haber usado la culata del rifle. Fueron a los únicos que dejé entrar; el lamento agudo de ella me hizo abrir la puerta. Quizás lo hice porque me costaba recordar mi voz entera. Había empezado a hablar para afuera, pero en un susurro, como contándome secretos. Aunque me entendía, la mujer no quiso hablarme. Con el chico se comunicaba mediante gemidos. Conmigo usaba las manos. Ya otros habían rasguñado y suplicado ante el portón metálico. Golpes desesperados, pedidos de ayuda, seguidos por gritos sin forma. Después las explosiones; por último, el silencio. Esa parte era la peor. No podía dejar de imaginarlo: el cuerpo esparcido en el aire, la nube momentánea.

Los hubiera dejado quedarse, pero durante las convulsiones de él, ella lloraba demasiado fuerte. Cuando empezaban los episodios, no hacía más que desesperarse. Lo miraba caerse y retorcerse en el suelo. No lo sujetaba ni le agarraba la cabeza. Tampoco le buscaba

la lengua. No era la madre. Se notaba por cómo evitaba tocarlo. Tal vez lo había levantado en su huida, quizás la madre moribunda se lo había encargado como último deseo. Le dije lo que ella quería escuchar, le di la razón que necesitaba. Me pareció adivinarle la intención en los ojos. Le ofrecí mi arma. En otro momento, la culpa me hubiera mortificado. Le di a entender que a la mañana debía irse o hacer algo con su problema. Supongo que no pudo hacerlo o no quiso que yo fuera testigo de su alivio. No creo que hayan llegado muy lejos.

Lamo las últimas gotas del disco metálico. Hace días que el agua no condensa ni se filtra por las paredes mojando el círculo. Estoy tentado de lamer la tierra. Tampoco escucho a las ratas desplazarse en la oscuridad. Desapareció el ruido de sus garras como alfileres en las vigas. Es tarde para decidir rebajarme. Incluso si pudiera cazarlas o idear algún tipo de trampa, no queda nada. Los graznidos y ladridos lejanos también se apagaron de golpe. Me di cuenta hace algunos días, cuando los ruidos de mi cuerpo empezaron a molestarme. Mis pensamientos se escuchan alto, parece que los estoy gritando. Mi ropa cruje. Mi piel está tan seca que suena cuando la rasco.

Intento pararme despacio. Algo de luz naranja se cuela por la rendija inferior del portón: un haz tan espeso que parece estar pintado en el aire. Si tuviera energía, jugaría a saltarlo, a evitarlo como un láser. No estoy seguro de que tenga la fuerza suficiente para matar, pero sé que podría hacerme daño. Me recuerda de qué me estoy escondiendo, lo que demoro. A la vez, me hace compañía. Me acuerdo del principio del naranja como estar mirando de cerca un cohete que despega. Un color uniforme que moja todo.

No sé precisar la hora. Asumo día. La luz no es parámetro. Siempre igual. Me desplazo a los tumbos. El pie abierto en la planta, con su cúmulo de plaquetas en la costra pegajosa, duele menos de lo que esperaba. Algo de peso soporta, quizás una corrida corta hacia otro destino. El cuerpo es fuerte, es la mente la que es débil. Repito esa frase, la escucho en la cabeza con la voz de alguien que parece más lejano de lo que debería ser.

En el piso quedan algunas prendas de la mujer y el niño. Un sweater rotoso y una campera liviana a la que se le escapa el relleno. No había pensado en la temperatura hasta ahora. Sé que no tuve calor y no recuerdo haber sentido frío, ni siquiera cuando dormía. Sí hambre y sed. Cansancio, dolor, un atisbo de ira. Mi ropa transpirada, sucia e insuficiente para cualquier día de otoño, es como mi piel. Ya no la siento. Pequeñas manchas rojas cubren mis manos. Estoy seguro de que también cubren mi espalda y mi abdomen. Las advierto en el cuello como presencias. No pican ni duelen; presionan. No me reviso. Las conozco. Las siento oscurecerse y avanzar por multiplicación. Quieren tocarse unas con otras. Son parte de lo mismo.

Si no se puede medir, el tiempo no tiene valor. Me pongo en movimiento porque a esta altura da igual. Terminé en este lugar corriendo de sombra en sombra, después de que pidieron que no saliéramos de nuestras casas, cuando en las ciudades ya no quedaba nadie. Las explosiones comenzaron tan de golpe que pensaron que era un ataque militar. A nadie se le ocurrió sospechar de la luz, hasta que se hizo de noche y no oscureció. Vi las explosiones de cerca, al lado mío, las esquivé mientras corría. Sentí el calor aumentar en mi cuerpo y sé que estuve cerca. Un cuarto cerrado era un lugar seguro. Pero no sirve para nada, si no sos paciente. No alcancé a enterarme del porqué de las explosiones; tampoco sé si llegaron a decirlo. Corrí lejos, aturdido por lo que en un principio creí bombas. Encontré este lugar. Ya había alguien adentro. Me dejó pasar e hicimos un pacto: nadie más. Había un rifle. Escuchamos a algunos explotar del lado de afuera. A los insistentes, los explotamos en el umbral. Cuando el hambre se volvió un problema, hubo que tomar decisiones difíciles. Pasó tiempo. Pasaron la mujer y el chico. Y ahora me toca a mí. El refugio se transformó en cárcel. Prefiero entregarme. No al rifle. A la luz.

La puerta no corre y tengo que concentrarme para poder abrirla. Araño la chapa. Busco que las yemas de los dedos se peguen a la superficie. Casi no tengo uñas; las rompí escarbando el suelo. ¿Cómo habrá salido la mujer? Tenía brazos de rama. No puedo con

el metal. Me comparo. Si ella salió, yo también. De a poco, el haz se estira, se hace plano. El exterior, de un naranja que se estampa como una lámina de oro en los ojos. Sigo tirando hasta que logro deslizar el cuerpo hacia afuera. Me pego al portón. No veo con los ojos abiertos. Me los froto. Cierro los párpados. Nada cambia. El color naranja sube por la nariz y choca contra la nuca. Siento el cuerpo llenarse como una bañadera. Duele pero sé que el dolor terminará cuando el color llegue al tope. Lo espero mientras me masajeo la frente. Me distraigo y pasa. Mis ojos vuelven a distinguir las profundidades y de a poco surgen formas, todas de esa misma tonalidad. Es como estar adentro de un mar naranja.

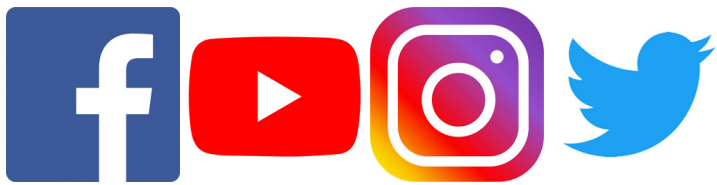
Piso con el pie que se deja, me vuelco sobre el otro. Camino. Reconozco mis alrededores, a pesar de su nuevo fondo. Hay árboles y alambrados, un sendero apenas marcado, pasto y piedras. Todo parece estar hecho de arena en el centro. La rugosidad de la madera a un empujón de desarmarse. No estoy cerca de los árboles, pero si pienso en alguno de ellos, los que se observan en línea a lo lejos, puedo verlo en sus detalles, como si estuviera mirándolo con una lupa. Sé que si me concentro, la visión puede ser la de un microscopio, pero ese esfuerzo me va a cansar.

Un zumbido tiembla en la piel. Viene del sol. Aunque lo busco arriba, no logro identificar el círculo, que es bola de fuego, que es estrella. Está tan cerca que no lo veo. Lo escucho a través de la neblina extraña, tierra o tormenta. El sol vibra. Sus ondas taladran mis oídos. Lo que me molesta no es el volumen, sino volver a escuchar este sonido que conozco de siempre, pero que nunca registré ni puedo cantar. Sol ausente que entra por las orejas convertido en ruido.

Me muevo hacia donde caen mis pies. En el suelo, a lo lejos, creo ver ropa tirada, acumulada en tres montones. No quiero pensar en esas pilas ni verlas en detalle. La mujer no mató al chico. Ambos fueron alcanzados por la luz. Imagino el sonido que hicieron. El de ella, más potente. La respiración se me dificulta. El aire está más denso. Creo reconocer la mezcla del oxígeno. Abro la boca. Aspiro hondo. En mi tos, en ese sacarlo afuera, logro identificar las hebras

finísimas que componen el aire. Me cuesta tragar. Tengo la boca llena de un polvo más ligero que la arena. No siento las partículas, pero la lengua se me seca. Trato de limpiarme la lengua con los dientes, pero no puedo. Creo distinguir en el aire diferentes texturas y colores, pelos de animal, alguna pluma, cuerpos hechos polvo. El sol permanece detrás, aunque ausente, con su vibración.

La temperatura comienza a aumentar. Las manchas en la piel queman. La panza vibra y desde atrás de las piernas empieza a subir un ritmo. Los mechones de pelo se desprenden y se deslizan por los hombros hasta el suelo. El zumbido es más fuerte que el naranja, pero luego trocan sus intensidades. No puedo pensar en ninguno de los dos. Las uñas de la mano son expulsadas con violencia. El pie vuelve a abrirse y la sangre brota. Por dentro, mis órganos se retuercen. Creo sentir el intestino hacerse un nudo hasta cortarse. La piel me quema desde adentro. Si cierro los ojos, el naranja es total. No puedo caminar ni correr, solo doblarme. No caigo, me sostengo en un equilibrio oscilante. Los dientes se sueltan de a uno. Algunos los trago, otros caen desde la boca. El zumbido se hace cada vez más fuerte, más seco. Pienso en el sol y lo veo. Suspendido en el espacio. Las ondas como un parlante explotado. La piel se abre. La presión interna. El corazón a través de las costillas. El zumbido naranja. Voy a romperme, pero aguanto. Acumulo presión como un globo. Voy a ser parte del aire.

Grupo Planeta

¡Seguinos!